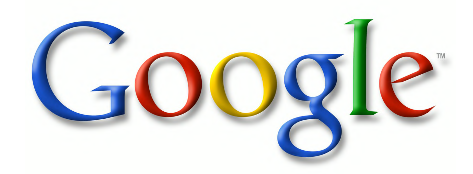




Buscando las Huellas de Don Quijote

Por

Paz de Borbón

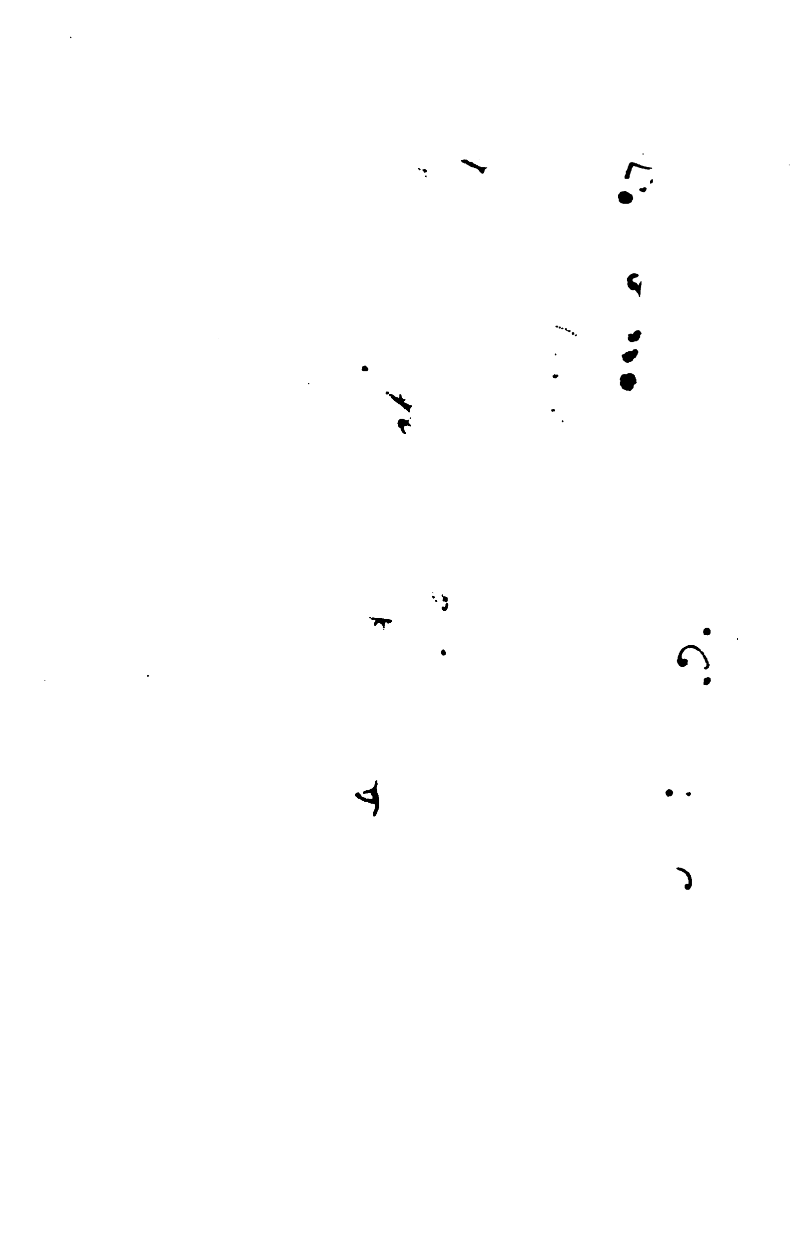
Friburgo de Brisgovia (Alemania) 1905
B. Herder
Librero-Editor Pontificio
Viena, Estrasburgo, Munich y San Luis




GIFT OF
J. C. Cebrian
SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS
788g
M3322



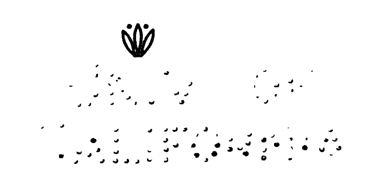
BUSCANDO Á DON QUIJOTE



BUSCANDO LAS HUELLAS DE DON QUIJOTE

POR

PAZ DE BORBÓN



FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA) 1905

B. HERDER

LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO

VIENA, ESTRASBURGO, MUNICH Y SAN LUIS



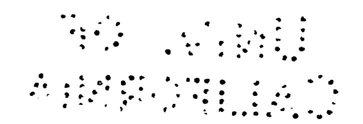
Tipografía de B. Herder en Friburgo de Brisgovia.

AL LECTOR.

No pretendía escribir un libro; pensaba sólo tomar parte de alguna manera en el tercer centenario del Quijote, fiesta muy de mi agrado. El programa era grande, mas para mí apenas había lugar.

Ofrecí desde luego para la Exposición los cuadros relativos al Quijote que me pertenecen, y las ediciones interesantes que galantemente me ofrecieron sus amables propietarios. Pero deseaba hacer más: hablar del simpático caballero de la Mancha, como se habla de las personas que se quieren.

Empecé á buscar las huellas de Don Quijote en el extranjero, con la idea de reunir noticias que interesaran á mis compatriotas, pero fueron tantos los datos que logré adquirir, que juzgué preferible publicarlos juntos, aun á riesgo de que me critiquen más fácilmente que leyéndolos en diferentes números de una revista.



Sé que no he hecho un estudio irreprochable; no lo he intentado; tan sólo he querido proporcionarme el gusto de demostrar que nuestro Don Quijote es conocido en el mundo entero, y tomar de ese modo parte en el tercer centenario, como la tomo siempre en todos los acontecimientos de España.

PAZ.

Nymphenburg, 30 de abril de 1905.

SI mi memoria no me engaña, conocí á Don Quijote en Suiza. Habíamos ido á Ginebra para salvarnos del sitio de París á fines del año 1870. Entre los libros que en aquel tiempo leí, estaban «Les Aventures de Don Quichotte de la Manche», arregladas para niños, con estampas de colores muy vivos y chillones. Á pesar de los años que han transcurrido, aun me parece como si estuviera viendo la sangre roja del gigante del reino Micomicón salir de los cueros de vino. ¿Por qué es precisamente ésta una de las estampas que mejor recuerdo? No lo sé; tal vez, porque fué la primera noticia que tuve de que el vino se guardaba en pellejos, ó porque, llevada del instinto de destrucción que todo hombre lleva en sí, me daban ganas de pinchar en ellos. Lo cierto es que podría casi dibujar de memoria aquella estampa. Otra que recuerdo perfectamente, debido sin duda á las circunstancias que la rodeaban, es

la que representaba la escena, en la cual el cura y el barbero queman los libros de caballería. Mi madre no quería ni mirar esa crueldad (que no perdonó nunca á Cervantes), hasta tal punto que creo no llegó á enterarse de que su querido Amadís de Gaula se había salvado del auto de fe. ¡Le gustaba tanto, para descansar de la prosa de la vida, lanzarse por mundos imaginarios, que fué para ella una gran satisfacción ver aparecer el cisne que traía á Lohengrin, y saber que la lanza que Klingsor tiró á Parsifal había quedado suspendida sobre su cabeza por las flores encantadas!

Dicen que después de publicarse el Quijote, no se volvieron á imprimir los libros de caballería; pero ahora que se evitan las leyendas religiosas, ha sido necesario desenterrar las aventuras fantásticas, para dar algún alimento ideal á las almas. Santa Teresa, antes de encontrar lo verdadero, se hartaba de esa lectura, según cuenta ella misma en su Vida, que publicó el año 1873 la Sociedad Fototipográfica Católica: «Parecíame», escribe la Santa, «no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan sano ejercicio,

aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento.» Esta confesión de un alma tan grande explica por qué Cervantes tomó una medida tan radical.

La segunda vez que encontré á Don Quijote, fué ya en todo su esplendor. Mi hermano, que tenía un gusto especial en enseñarme las bellezas de nuestra literatura, venía en Madrid por las tardes á nuestro cuarto con el Quijote; leía muy bien, y era un verdadero placer escucharle; á lo mejor hacía una parada en firme, tosía, se reía, y decía francamente: «Hay que saltar.» Y así, saltando los trozos escabrosos, hicimos amistad con Don Quijote de la Mancha.

Cuando me casé, recibí entre otros regalos la magnífica edición en folio de Tomás Gorchs, Barcelona 1859, con ilustraciones de Gustavo Doré. En los días sombríos del invierno, en que arreciaba la tempestad, para olvidarme de la nieve, que se arremolinaba ante mi ventana, llamaba á una antigua servidora que me había querido acompañar á Baviera, y le decía: «Léeme el Quijote»; empezábamos á caminar «por el campo

de Montiel», y al cabo de un rato sentíamos «el sol, que entraba tan apriesa y con tanto ardor», que no notábamos ya más los grados que marcaba nuestro termómetro.

Otro amigo me regaló más tarde, para que me hiciera compañía, una estatua de Don Quijote de cuerpo entero, un tanto afrancesado, pero en fin, es él, «seco de carnes, enjuto de rostro»; allí está erguido sobre su pedestal, y mis hijos se acostumbraron á verlo entre los retratos de familia; lleva con tanta dignidad la bacía del barbero sobre su cabeza, que me daba lástima, por amor á la verdad, explicarles que no era el yelmo de Mambrino; pero ya saben la historia.

Un día, al visitar el palacio del príncipe Fúgger en Augsburgo, fué grande mi alegría al ver otra estatua parecida á la mía. Mi sorpresa encontró pronto razonable explicación. El diálogo que sostiene Don Quijote con Sancho Panza en el cap. 23 de la Parte Segunda dice así: «Créame vuesa merced, señor Don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad, adonde quiera se usa, y por todo se estiende, y á todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona; y pues la señora

Dulcinea del Toboso envía á pedir esos seis reales, y la prenda es buena, según parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algún grande aprieto. Prenda no la tomaré yo, le respondí, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino sólo cuatro reales (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro día para dar limosna á los pobres que topase por los caminos), y le dixe: Decid, amiga mía, á vuesa señora, que á mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un *Fúcar* para remediarlos.» [1] ¡Quién no conocía al Fúcar, que

[1] Don Juan Antonio Pellicer, comentando este pasaje, dice que la familia de los Fúgger es originaria de Constanza y la estableció en Augsburgo Jacobo Fúgger, llamado el viejo, sin que los genealogistas disimulen que su fundador fué un artista rico que vivió en el siglo XIV. Aunque el renombre con que se ha celebrado siempre este linaje es el de rico y opulento (pues su riqueza se convirtió en proverbio), han florecido sin embargo en él muchos que no sólo cultivaron las letras, sino que protegieron á los literatos, especialmente Antonio Fúgger, Juan Jacobo Fúgger y Raimundo Fúgger, consejero de Carlos V, el cual consumió grandes caudales en pinturas, en antigüedades y en plantas y hierbas para los jardines de su propio palacio. Á él dedicó las «Inscriptiones sacrosanctæ vetustatis» Pedro Apiano el año 1534, donde le alaba de erudito, de favorecedor de los sabios, de gratificador

había ganado con su trabajo las riquezas que ponía á los pies de Carlos V! Con legítimo orgullo enseña el príncipe á sus huéspedes un pedazo de tela de algodón tejido por sus antepasados, y usa con preferencia en sus gemelos el peine del tejedor á la corona ducal. Es uno de los primeros señores de Baviera. Todo un barrio de la ciudad de Augsburgo le pertenece; se llama la Fuggería; allí viven con sus familias todos los empleados de los Fúgger, casi de balde, pagan sólo lo bastante para que no les humille la limosna; es como un pueblo dentro de la gran

---

de los poetas, aun de los malos, y particularmente de mecenas de Erasmo. En Madrid, donde todavía se conserva la calle del Fúcar, dedicó también al conde Alberto Fúcar el capitán Diego de Xaramillo sus «Sueños», y Don Bernardo de Vargas Machuca sus «Ejercicios de la Gineta», publicados el año 1600. Tengo este libro en las manos por amabilidad del príncipe Fúgger. En el prólogo escribe el autor dirigiéndose al conde estas laudatorias frases: «Mandándome escreuir la Teórica de lança y adarga, por parecerle tẽgo della alguna práctica: y juntamente los exercicios de la gineta; mostrando en esto V. S. el particular conocimiento que della tiene: y en general grande afición á la nación española: á esta causa los Caualleros della deuen especial reconocimiento á las muchas virtudes y partes de tan gran señor como en V. S. resplandecen, con tanta perfición y aprouación de todo el mundo.»

ciudad, rodeado de un muro con varias puertas con el escudo de armas de Fúgger. Creo hallarme en mi casa cuando voy á verle. Cuatro Ticianos cuelgan en su elegante y confortable cuarto de trabajo: el emperador Carlos V, su hermano Don Fernando, el Fúcar y su mujer. «Los pintó el Ticiano en esta misma casa cuando el emperador Carlos V nos hizo el honor de ser nuestro huésped», dice sencillamente el príncipe. «Y la chimenea en la cual, según cuentan los cicerones y hasta hay cuadros que lo representan, quemó el Fúcar las deudas de Carlos V, ¿dónde está?» Á mi pregunta el caballero, que quiere evitar que su antepasado el tejedor resulte más grande que el mío, me contesta: «No existe en mi casa acta ninguna que compruebe ese hecho.» Estos días, con motivo del tercer centenario, me ha puesto el príncipe en las manos la primera edición del Quijote publicada en 1605 en Madrid por Juan de la Cuesta, traída de España por uno de sus antepasados, y que se encuentra en su biblioteca entre más de veinte mil volúmenes. Con verdadero respeto he hojeado ese ejemplar, en el cual estaban subrayados los sabios refranes

que encierra; hay algo imponente en la pátina de los siglos, y cuando cubre pedazos de nuestras glorias pasadas me produce mayor impresión. Me ha enviado también las «Novelas ejemplares» publicadas en 1617, con otro libro editado el mismo año en Madrid: «El Fénix de España Lope de Vega Carpio, Familiar del Sto. Oficio; 8ª. parte de sus comedias con Loas, Entremeses y Bayles, á más de El Peregrino en su Patria, de Lope de Vega, Bruselas 1608; Arcadia, prosas y versos del mismo, 1598; y doce comedias que dejó por imprimir.»

No puedo enumerar todos los libros que me ayudan á transportarme á la época de Cervantes; sólo citaré, porque se relacionan con la nota de Pellicer, las «Reglas de las órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara», impresas en aquel tiempo, en las cuales, entre los varios asientos que tenían los Fúcar en España, se contaban el de las minas de Guadalcanal y el de la Mesa Maestral de las órdenes militares.

Pero no nos detengamos más en Augsburgo; sigamos buscando las huellas de Don Quijote por el mundo entero.

En otra ciudad vecina que se relaciona con nuestra historia, en Ratisbona, pregunté también si había pasado por allí mi amigo Don Quijote; pero Don Juan de Austria, cuyos pasos seguía con orgullo su ciudad natal, había muerto ya en 1578, y en aquel tiempo se conocía á Miguel Cervantes más como soldado que como escritor. Don Modesto de Lafuente en su Historia General de España, al hablar de la batalla de Lepanto, dice: «No podemos dispensarnos de hacer especial mención de un soldado de España que, postrado de fiebre en la galera *Marquesa* de Andrea Doria, pero sintiendo en su pecho otra fiebre más ardiente, que era el fuego del valor y el afán de combatir, dejó el humilde lecho en que yacía, y pidió á su capitán le colocara en el puesto de mayor peligro. En vano sus compañeros, en vano el capitán mismo intentaron convencerle de que estaba más para curar que para exponer su cuerpo. El soldado insistió, el soldado peleó con gallardía, el soldado fué herido en los pechos y en la mano izquierda, mas no por eso quiso retirarse, porque era máxima de este soldado, 'que las heridas que se sacan de las batallas

son estrellas que guían al cielo de la gloria'.» La fama de Cervantes llegaría á Ratisbona con los detalles de la victoria de Lepanto. «Concluída la batalla», dice el cronista en la Biblioteca de Autores Españoles, «después de una breve estación en el puerto de Petela para reparar las averías, volvieron las fuerzas navales á Sicilia, desde donde se repartieron los buques en varios puertos de Italia para la próxima invernada. Cervantes permaneció en el hospital de Mesina curándose de sus heridas, agravadas por efecto de sus otros males; la curación fué larga, supuesto que duraba todavía en el mes de marzo del año siguiente, con el consuelo de verse atendido por su ilustre general el Señor Don Juan, quien, tan terrible para sus enemigos en el campo, como benévolo y amoroso para sus soldados, hizo el debido aprecio de sus merecimientos, le socorrió varias veces, y le aventajó en tres escudos al mes, cuando ya restablecido se halló en el caso de volver al servicio.» ¡Qué lástima que Don Juan de Austria no leyera el Quijote!

En Ratisbona puede uno creerse en otros tiempos; ese respeto que se enseña difícilmente al

que no lo tiene heredado, detuvo mis pasos en un punto de la soberbia sala consistorial del Ayuntamiento. Era un saledizo como los que se ven en las casas alemanas de la edad media, con sus cristalitos redondos de fondo de botella. «Aquí se sentaba muchas veces Carlos V», me dijo el alcalde. «Lo había sentido», le contesté.

Pensé que las postas de Taxis, que cruzaban en tiempos de Cervantes la mayor parte de Europa y llegaban hasta Sevilla, podían haber adquirido para sí uno de los primeros ejemplares de la obra de aquel soldado, cuyas cartas habían transportado en otro tiempo, y le pedí á mi prima la princesa de Taxis, me dijera qué ejemplares tenían de Don Quijote en la biblioteca de su palacio de Ratisbona. Allí conservan ellos, como el Fúgger su telar, el antiguo coche de postas al cual deben su inmensa riqueza. No hay nada más hermoso que el agradecimiento, y da gusto ver á los príncipes más ricos del reino enseñar con respeto el coche, en el cual sus antepasados recorrían las carreteras [1].

---

[1] El Señor Mehler en la Historia de la casa de Thurn y Taxis dice que el rey Carlos I de España les concedió la *Staatsangehörigkeit* en todos sus reinos. El año 1520 Johann Baptista

Pero se conoce que con lo mucho que tenían que hacer sus postas con las guerras de Flandes, y más tarde la de Sucesión, que arrastró á media Europa, no les quedaba mucho tiempo para ocuparse en literatura, porque las ediciones más antiguas que tienen del Quijote son de los años 1704—1735: «Histoire de l'admirable Don Quichotte de la Manche», en seis tomos, París, Veuve Barbin; y la de P. Humbert de Amsterdam, con grabados en cobre. Siguen en la lista que de la biblioteca del príncipe de Taxis he recibido: «Les principales Aventures de l'admirable Don Quichotte, représentées en figures par Coypel, Picart le Romain et autres habiles maîtres; avec les explications des XXXI planches de cette magnifique collection, tirées de l'original espagnol de Miguel de Cervantes. A la Haie 1746, Pierre de Hondt.» —

---

von Taxis fué nombrado *General-Oberpostmeister* (Director General de Correos) del emperador Carlos V. Hoy día tienen estos príncipes aún en la Corte de Baviera el título de *Kronoberpostmeister* (de los correos de la Corona). Leonardo I, hijo de Johann Baptista von Taxis, tuvo que padecer mucho por su lealtad á Felipe II, cuando se alzaron los Países Bajos contra España. El rey les concedió entonces el lema que llevan en sus armas: *Perpetua fide.*

«Leben und Thaten des weisen Junkers Don Quixote von la Mancha. Aus der Urschrift des Cervantes nebst der Fortsetzung des Avellaneda», por F. J. Bertuch. Seis tomos en 8°. Leipzig 1780—1781, C. Fritsch. 2ª edición, con grabados. — «Histoire de l'admirable Don Quichotte de la Mancha traduite de l'espagnol, nouvelle édition.» París 1798, Fr. Dufart. Cuatro tomos en 8º mayor, con grabados.

Además la princesa de Taxis, que es la archiduquesa Margarita de Austria, me ha facilitado el que pueda seguir á nuestro Don Quijote por Hungría.

* * *

Pero antes miremos qué tal está representado en Munich. La princesa Teresa, hija del Príncipe Regente, que, por los libros científicos que ha publicado, ha sido nombrada miembro de la Academia de Ciencias de Munich, me ha proporcionado la lista de los ejemplares que se encuentran en la biblioteca del palacio real: «El ingenioso Hidalgo Don Quixotte de la Mancha», etc. Seis tomos. Berlín 1831. — «Todas las obras de Cervantes traducidas por Adalbert Keller y Friedrich Rotter.» Cinco

tomos son el Quijote de Adalbert Keller. 1839. — La traducción francesa de Florián, que es la menos exacta, pero muy conocida. Dos tomos. París 1810. — Otros dos tomos de la traducción francesa de Viardot. París. — Una edición alemana en tres tomos publicada en Pforzheim, 1839, con ilustraciones de Tony Johannot. — Por fin, otra edición francesa en un tomo. París 1853.

Como se ve, en la biblioteca del palacio real de Munich se nota la mano de Luis I de Baviera, el rey artista y poeta, que consiguió que Munich llegara á merecer el título de Atenas moderna, poblándola de edificios para las artes y las ciencias, entre los cuales uno de los más útiles para el progreso intelectual del pueblo es la Biblioteca Nacional. Allí me fuí naturalmente en busca de mi Don Quijote, segura de encontrarle. Un compatriota, que está siempre dispuesto á ayudarme en todo, me esperaba en el local, y me presentó á un joven alemán bibliotecario que habla español correctamente; se habían conocido en Salamanca, y esa circunstancia daba cierto color local á mi excursión en busca de libros; no separa uno bien el nombre de Salamanca de los libros;

recuerda nuestros grandes tiempos, y yo á lo mejor limpio como Don Quijote «las armas que habían sido de sus bisabuelos, que tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón», y comprendo que se engañe uno á sí mismo y se crea un personaje. Cuando se compara lo que fuimos con lo que somos, es un gran consuelo ver, sin que sean vanas ilusiones, una juventud decidida á trabajar por la regeneración del país, y se honra al antiguo nombre cuando al preguntar en la Universidad de Munich: «¿De dónde es este estudiante tan aplicado?» contesta simplemente: «De Salamanca.» Los empleados de la biblioteca están acostumbrados á verle casi á diario llevando ó trayendo libros; es verdad que no va sólo á buscar los que le hacen falta á él, sino también los que me hacen falta á mí. Fuimos, pues, por las inmensas salas del magnífico edificio, hasta llegar á la sección española, en la cual desearía, por cierto, encontrar más obras de los autores modernos, y aprovecho la ocasión de llamarles la atención sobre este punto, porque en este país, donde el sol no tienta tanto á dar

paseos, se llena á diario la espaciosa sala de lectura de la biblioteca, y confieso que no sin cierta envidia me quedé contemplando el cuadro desde la puerta: allí se oye sólo, en el silencio respetuoso que inspira el trabajo, el ruido de las hojas que se vuelven, ó las plumas que toman notas.

Reconocí los dos tomos en folio publicados por Montaner y Simón en Barcelona, en 1880, é ilustrados por Balaca; los habíamos traído en uno de nuestros viajes á España. En 4º tienen la edición facsímile de la Primera Parte que se editó en Madrid en 1608 y está muy bien reproducida; una del año 1704, editada en Barcelona; dos editadas en Madrid en 1723 y 1730; una preciosa publicada en Londres en 1738, con grabados finísimos de Vanderbank; El Quijote comentado por Clemencín, Madrid 1833—1859; y la edición reproducida por la foto-tipografía en Barcelona, 1871. En 8º hay una edición de Valencia, 1806; tres de Bruselas, 1607, 1611 y 1671; una de Barcelona, 1617; de la Haya, 1744; de Madrid, 1787 y 1798, con notas de Pellicer; y otra de Cádiz, 1876. ¡Me parece que se puede estudiar el Quijote original en Munich!

En francés hay una edición en folio, «Les principales Aventures de l'admirable Don Quichotte», publicada en 1746 en la Haya; y diez en 8º., de las cuales dos traducidas por F. Rosset, París 1618 y 1625; una por Cés. Oudin, 1625; cuatro por un desconocido, París 1695, 1704 y 1754, y Amsterdam 1696; dos traducciones de Florián, una publicada en París, 1799, y otra en Stuttgard, 1834; y por fin una de un autor anónimo, París 1821.

En inglés una traducción de Smollet, en 4º., con grabados de F. Hayman, publicada en Londres, 1755; y la misma en 8º., también de Londres, 1782, en cuatro tomos, siendo los dos últimos la continuación por Avellaneda.

En italiano hay tres ediciones en 8º., de la traducción de Lorenzo Franciosini, publicadas en Venecia en los años 1622, 1625 y 1738.

«O ingenhoso fidalgo Don Quixote», traducido en vulgar y publicado en Lisboa 1794, en 8º., es el solo ejemplar que escrito en lengua portuguesa posee la biblioteca de Munich.

En alemán, por supuesto, hay diferentes traducciones. La más antigua es una de Francfort, de 1669, cuyo título me hace sonreir por estar

escrito para que los alemanes lo puedan pronunciar bien: «Don Kichote de la Mantscha.» Las otras ediciones se intitulan: «Don Quixotes abenteuerliche Geschichte» (historia aventurera); hay una de Basilea, de 1682; otra de Nuremberg, 1696; dos de Leipzig, 1734 y 1753; la traducción de Bertuch, publicada en Carlsruhe 1785; la de Soltau en Königsberg, 1800; otra edición de Leipzig, 1837; la de Tieck, de Berlín, 1810, 1831, 1860; otra traducida y explicada por Luis Braunfels, publicada en Stuttgard en 1885; y el Don Quijote, «nach der Tieckschen Übersetzung neu bearbeitet», por Benno Diederich. Edición del centenario. Stuttgart 1904.

Tengo que confesar, en honor de la verdad, que esta lista tan exacta y completa no está tomada por mí, sino por mi estudiante de Salamanca, que me trajo además tal cantidad de libros con estudios críticos sobre el Quijote, que me asusté y le dije: «Si me trae Vd. más, no me atrevo á escribir nada.» Pero me quedé con la mayoría de ellos y empecé á hojearlos.

Los alemanes, que hacen la disección de todo, descubren cosas muy curiosas, y lo que más im-

presión les ha hecho á ellos, es lo que en España nadie ha notado, por encontrarlo muy natural: la fe de Cervantes.

Heine, en un prólogo precioso que he leído tres veces estos días, y que escribió para la edición de Stuttgard del año 1837, dice: «La circunstancia de que Cervantes dedicara toda su juventud á las mayores campañas del catolicismo, da á entender que estos intereses habían entrado en su corazón, y contradicen la opinión tan extendida de que sólo por miedo á la Inquisición no había hablado en Don Quijote de las cuestiones protestantes de aquel tiempo. No, Cervantes era hijo fiel de la Iglesia romana, y no sólo sangraba su cuerpo en las caballerosas campañas por su bendita bandera, sino que sufría con toda su alma el martirio más cruel durante su larga esclavitud entre los infieles.» Después, haciendo como novelista un paralelo con Walter Scott, vuelve á repetir: «Cervantes era, como ya he dicho, un escritor católico, y á esa circunstancia debe tal vez la gran tranquilidad épica de su alma, que se extiende como una bóveda de cristal sobre sus variadas composiciones: no se ve nunca la menor nube de

la duda. Á eso se agrega la calma del carácter español. Walter Scott pertenece en cambio á una Iglesia que discute severamente hasta las cosas divinas.» Heine, con su alma de poeta, se empapa en las bellezas del Quijote; cuenta cómo, siendo aún muy niño, salió un día del mes de mayo á hurtadillas de su casa con el libro debajo del brazo, y empezó á leer; para facilitar la lectura, entonces pronunciaba en alta voz cada palabra, que escuchaban pájaros y árboles, arroyos y flores, y se lamentaban con él de que un hombre tan generoso recibiera sólo palos como recompensa. Siguió yendo todos los días al mismo jardín, y cuando caían las hojas secas y gruesas gotas de lluvia, lloraba él también al ver vencido á su caballero, que con voz débil decía: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo.»

Otro escritor, Carlos Frenzel, publicó en Hanóver, en 1860, unos estudios que titula: «Poetas y Mujeres», entre los cuales hay uno precioso sobre Cervantes. Empieza describiendo el encuentro de un estudiante, que ya había leído el Quijote, con Cervantes en la carretera cuando iba

de Esquivas á Madrid, en la tregua que le dió su última enfermedad, después de haber escrito su hermosa despedida al conde de Lemos: «Puesto ya el pie en el estribo.» Ese cuadro, que describe Frenzel con vivísimos colores, gana desde luego la simpatía del lector para ese personaje, que va á aparecer ante su Dios con la conciencia tranquila, después de haber repasado con interés su vida. El autor, comparando á Cervantes con Shakespeare, dice: «La manera de ver de Shakespeare es trágica, lúgubre; en tonos débiles ó fuertes resuena en todas sus composiciones el acento trágico; en la comedia fantástica 'La Tempestad' encuentra su mejor expresión:

We are such stuff
As dreams are made on, and our little life
Is rounded with a sleep.

Encierra en esa fantasmagoría de la vida la acción ó la culpa, que ambas son lo mismo, como lo único importante que ejerce influencia sobre la muerte y el fin. Del contraste de esa libertad y alteza del hombre con su debilidad, que podía mover el mundo y al final no es más que 'el polvo que cierra la boca de un barril', saca

Shakespeare su punto de vista. No así Cervantes; éste niega la importancia y la culpa del hecho. En la fe católica da la Iglesia medios para expiar cada pecado; mujeres que rompieron sus votos toman arrepentidas el velo, como Camila y Leonor; hombres que se olvidaron, vuelven, atraídos por la imagen de la Virgen, como por un magnetismo, á sus primeros amores, como Fernando á Dorotea. En este mundo de la fácil reconciliación, en la cual la discordia más amarga del alma se transforma armónicamente al final en un error, no pueden respirar Fedra ni Dido, Ofelia ni Mignón; en este suelo no cavila Hamlet entre tumbas, no huye perseguido por las euménides el parricida Orestes. Aunque sea tan variada la descripción que hace Cervantes de las pasiones humanas, la aguja que marca las horas se queda siempre parada en la emoción. Aquí el catolicismo, allí la sequedad del mundo cotidiano, acortan la vista del poeta.»

La misma comparación entre Cervantes y Shakespeare me había hecho con otras palabras estos días en una carta la reina de Rumania (Carmen Sylva). Me llama la atención sobre un

artículo admirable que Tolstoi escribió hace algún tiempo y en el cual cuenta que Shakespeare y Cervantes murieron el mismo año, y que en un mismo año también escribieron «Hamlet» y «Don Quijote»; y con esa riqueza de expresión propia de la inteligencia de Carmen Sylva, añade: «¿No es curioso? ¡La duda encarnada y la ilusión encarnada, producidas por los dos inmensos genios del mundo en un mismo año!»

Naturalmente, al ir preguntando de puerta en puerta si habían visto pasar á mi Don Quijote, me había detenido en la de Carmen Sylva; presentía que los dos eran amigos. «Lo adoro», me contestó, «siento afinidades enormes con este noble defensor de grandes y bellas ideas anticuadas, en un tiempo en que ya no está en moda el sacrificarse por causas nobles, aunque se viesen por un cristal de aumento. Las mujeres han trabajado mucho para destruir esa leyenda encantadora; ¡han querido probar tanto sus fuerzas, que ya no encuentran defensores!» Y añade, haciéndome sonreir, esta observación que no se me había ocurrido á mí: «Son verdaderamente poco atractivas, á fuerza de querer probar demasiado. Yo estoy fuera de

moda, me gusta la mujer en su casa. Si Cervantes volviera ahora, tendría que hacer casi lo contrario de lo que hizo en su obra imperecedera.»

Yo le preguntaba si se conocía á Don Quijote en Turquía, y me contestó que no creía que en Oriente se comprenda ese hombre lleno de corazón, de ilusiones y valentía. Ella sí que es toda corazón; dice que está luchando, no con molinos de viento, sino con molinos de todos géneros, para procurar alimento á su pobre pueblo.

EN Austria se conoce muy bien el Quijote, según he visto en las peregrinaciones que vengo haciendo en busca de las huellas del andante caballero. Las traducciones alemanas, de Tieck y Bertuch sobre todo, han tenido grande aceptación entre los austriacos, á juzgar por los numerosos ejemplares que de ellas existen en las bibliotecas de Austria. Un distinguido literato de Viena me decía que el Quijote de Cervantes es una de las obras literarias extranjeras que mejor conocen sus compatriotas. Como sucede con todos los libros de ciencia ó literatura escritos en alemán ó vertidos al alemán, las traducciones del Quijote hechas en Alemania adquirieron desde luego carta de naturaleza en Austria.

* * *

En húngaro se han hecho las traducciones siguientes:

Una de Jorge Horrath, Kecskemet 1850—1853.

«Az elmés Don Quijote de la Mancha», traducido y precedido de un prólogo de V. Györi. Edición publicada en cuatro tomos por la Sociedad Kisfaludiana. Budapest 1885.

La misma, arreglada para la juventud por V. Huszár. Con 7 estampas de colores. Editada por los Hermanos Legrady.

«Don Quijote de la Mancha», arreglado para la juventud húngara por A. Radó. Con ilustraciones de Gustavo Doré. Budapest 1895, Lampel.

* * *

En Bohemia se publicó en Praga, 1864, en la casa J. L. Kober, una traducción del Don Quijote, por José Pecirka, que está completamente agotada.

Otra en 1866, en Praga, de J. B. Piechl, con 52 ilustraciones de Manes.

Otra en 1868, de Cristián Stefan, con 75 ilustraciones de Manes y Fachgau.

Y en 1899, en la casa J. Otto, también en Praga, una traducción de A. Pikhart y Lorenzo Vuhlisky, en dos tomos.

PARA saber lo que en Grecia habían hecho con Don Quijote, me serví de mi prima Teresa, y fué lo mejor que pude hacer, porque sin ella, que habla once lenguas á la perfección y sirve de intérprete para todo, no habría podido averiguar la hospitalidad que los griegos han dispensado á Don Quijote. He aquí los apuntes que ella me envió:

Δὸν Κιχώτης ὁ Μαγχήσιος. Μετάφρασις Ἰσιδωρίδου Σχυλίσση. Κοσμηθεὶς διὰ 13 εἰχονογραφιῶν ὑπὸ Gustave Doré. Ἐν Τεργέστῃ 1864, Τύποις Αὐστριαχοῦ Λόϋδ. 8º mayor. Dice que estos jeroglíficos quieren decir: «Don Quijote el Manchego. Traducción de Isidorides Skylissi. Adornada con 13 estampas de Gustavo Doré. En Trieste, Imprenta del Lloyd Austriaco.»

La misma edición, sin estampas, se publicó en Atenas, en 1894, y es la única que tienen en la Biblioteca Nacional.

En la colección «Biblioteca para Niños» hay una edición: *Δὸν Κισὸτ ἢ τὰ περιεργότερα τῶν*

συμβάντων αὐτοῦ. Μετάφρασις Ν. Δραγούμη. Ἐν Ἀθήναις 1860, Τύποις Ν. Φιλαδελφέως. 8.º menor.—«Don Quijote ó las más asombrosas de sus aventuras. Traducción de N. Dragumi. En Atenas, Imprenta de N. Philadelpheus.»

Además, en la biblioteca de Atenas se encuentran, aunque algo descabaladas, las ediciones españolas de Madrid 1780 y 1787, una publicada en Berlín en 1804, y otra en Burdeos en 1815.

En francés, tres ediciones de la inevitable traducción de Florián, de los años 1799, 1802 y 1835; una de Tilleau de St. Martin, París 1837, y otra de Viardot.

En alemán, la traducción de Bertuch, Viena y Praga, 1798; y la que se publicó en Stuttgard con el prólogo de Heine, en 1837.

Una en dinamarqués, de Carlota Dorotea Biehl, 1865.

Dos en italiano, publicadas en Venecia en 1755 y 1848.

Por lo incompletas que están las ediciones, me parece que Don Quijote no está muy en boga entre los griegos.

NO sucede lo mismo en Holanda, donde, según me contó una holandesa, á quien pregunté estos días qué noticias tenía de mi amigo, lo tradujo ya Lamberto van den Bos en el año de 1657, y apareció en Dordrecht; más tarde volvieron á editar esta misma traducción en Amsterdam, en los años de 1696, 1699, 1707, 1732, y por fin en la Haya en 1832.

Además, apareció en la Haya el año 1746 una colección de grabados en cobre: «De voornaamste gevallen van Don Quichot», la mayor parte de Picart, y otros tomados de los cuadros de Coypel, con texto de J. C. Weyerman.

El año de 1841 se publicó en Utrecht una conferencia de L. Schüller en holandés sobre Don Quijote.

En la Biblioteca Nacional de la Haya, además de la traducción de Van den Bos, hay una

publicada en Amsterdam el año 1819, y otra de Titia van der Tunck, con 85 grabados, publicada en 1888.

Sobre todo entre los niños de los Países Bajos es muy popular Don Quijote; son muchísimos los libros de esta clase que se han publicado y se siguen publicando para ellos.

EN portugués, dice el conde de Sabugón, hay pocas traducciones del Don Quijote de Cervantes, como en general de todas las obras españolas.

Los motivos son sencillos. Durante un largo período, la lengua española se hablaba y escribía en Portugal tan correctamente como la lengua portuguesa. Muchos de los principales escritores portugueses escribían sus trabajos en español. Y hasta en las obras dramáticas de Camões, Gil Vicente y otros, algunos de los personajes hablan en portugués, y otros les responden en español.

Puede asegurarse que durante un largo período la literatura portuguesa fué *bilingüe*.

Eso hacía inútil una traducción de la obra de Cervantes. Y por eso hasta fines del siglo XVIII nó se tradujo Don Quijote al portugués. Hoy día aún puede todo portugués medianamente

ilustrado comprender bien el español, y se prefiere leer en el original las obras literarias, especialmente aquellas cuyo lenguaje pudiera perder su sabor con una traducción.

Sin embargo existen algunas traducciones del Quijote en lengua portuguesa, como veremos más adelante.

El diploma en que Cervantes concede al editor de Madrid la oportuna licencia para imprimir su inmortal novela, data del año 1605, cuya fecha coincide con la que lleva la licencia otorgada al editor de Lisboa. Biógrafos hay que afirman que la primera edición del Quijote apareció en Lisboa antes que en Madrid. No es, sin embargo, muy seguro el fundamento de esta opinión. Lo único cierto es que las ediciones tanto en una como en otra capital salieron á luz en 1605.

En 1794 se imprimió en la imprenta Rollandiana una traducción en seis tomos en 8º, sin nombre del traductor. Esta traducción tiene poco mérito literario.

En 1850 apareció en un tomo muy voluminoso otra traducción, impresa en la Tipografía Universal, con los grabados empleados en la

traducción francesa de Viardot. Es una reproducción casi literal de la Rollandiana.

En 1853 fué publicada una nueva traducción por la sociedad de Eduardo de Toria, en la tipografía de la Biblioteca Económica.

En 1876—1878 se publicó en Oporto otra traducción por Antonio Feliciano de Castilho y el vizconde de Azevedo. Edición de lujo, en folio, con reproducciones de los grabados que Gustavo Doré hizo para una edición francesa. Parece que en esta traducción colaboró Pinheiro Chagas. Se conoce con el nombre de *edição dos typographos*.

En 1877 el editor Arturo da Silva contrató con el vizconde de Benalcanfor y Don Luis de Bretón y Vedra una nueva traducción, que fué impresa en dos tomos en 8º., adornados con estampas debidas al lápiz de Manuel de Macedo y al buril del grabador español Severini. Esta traducción es muy correcta, y mereció que el vizconde de Benalcanfor fuera nombrado socio corresponsal extranjero de la Academia Española.

Pasado un año, Don José Carcomo publicó en tres tomos una denominada traducción de

Don Quijote. Es una falsificación de la de Arturo da Silva, el cual, sabiendo que los ejemplares de esta edición se vendían en el Brasil, intentó confiscarlos; pero no pudo conseguirlo. De esta reproducción, que puede considerarse clandestina, es difícil encontrar un ejemplar en Lisboa.

Esto es lo que hay respecto á traducciones en portugués de la obra de Cervantes.

LA reina Margarita de Italia me ha enviado la lista siguiente de las ediciones italianas:

«Dell' ingegnoso cittadino Don Chisciotte della Mancia. Composto da Michel Cervantes Saavedra. Et hora nuovamente tradotto con fedeltà e chiarezza di Spagnolo in Italiano da Lorenzo Franciosini Florentino. Venetia 1622, Andrea Babò.» Dos tomos en 8°. He copiado el título entero, porque me hace mucha gracia ver las diferentes maneras que tienen de llamar al hidalgo manchego, y no puedo menos de pensar que Don Quijote hubiera dado un salto al oírse llamar «cittadino».

«Don Chisciotte della Mancia.» Milán 1851. Dos tomos en 8°. De ésta se hicieron otras tres ediciones en 16°, por Pagnoni, Milán 1860, 1875 y 1897.

En 1871 publicó Politti, en Milán, una traducción de Bartolomé Gamba, en dos tomos en 8°. La misma se publicó en folio en 1880, con las ilustraciones de Gustavo Doré, que han dado la vuelta al mundo con Don Quijote, en la Tipografia Lombarda Menozzi e C^{ia}.

En 16° una edición Sonzogno, en 1884, y en 1886 dos ediciones Simonelli, una en 4° y otra en 8°, todas en Milán.

Otra edición en Roma, E. Perino, 1888, en 4°, con las ilustraciones de Gustavo Doré.

El título que sigue me ha conmovido; dice así: «Don Chisciotte della Mancia e il suo fido scudiero Sancio Pancia, di Don Miguel Cervantes Saavedra. (Riassunto del fatto.)» En 4°. Codogno, 1888, Tip. Caino. ¡Qué contento estaría el pobre Sancho, si viera su nombre escrito en gruesos caracteres en la portada del libro!

Siguen en la lista:

«Versi del Don Chisciotte di M. de Cervantes. Trad. da Luigi Fasari. (Nozze Salviati-Cipollato.)» Vicenza 1884, S. Burato. En 8°.

Una gran edición de Don Quijote en folio, Milán 1892, Treves edit.

Otro Quijote «ridotto in ottava rima napolitana da Raffaele Capozzoli». Nápoles 1891, Chiurazzi. En 16°.

Y por fin, la «ridotta a piacevoli letture pei fanciulli», arreglada para niños. En 8°. Turín 1889, G. Tarazzo.

Siempre que una historia se puede contar á los niños, es seguro que se inmortaliza. ¡Cuán pocos de los libros modernos tendrán esa suerte!

Y en Suecia», pregunté á una amiga mía, «conocen á Don Quijote?» — «Ya lo creo», me contestó; cuya respuesta me llenó de satisfacción, por saber que en aquellas tierras, como en el resto del mundo, tenía admiradores el ilustre caballero. El resultado de las investigaciones que posteriormente he hecho acerca de la literatura de Don Quijote en sueco, han confirmado la afirmación de mi amiga. En Suecia se conoce y se lee la obra de Cervantes con gran deleite por parte de los sabios, que admiran y saborean sus bellezas, y alegría y regocijo de los niños, que ríen y celebran las divertidas aventuras del héroe de la Mancha.

La siguiente nota sobre las traducciones y ediciones que del libro inmortal de Cervantes se han hecho en Suecia, dan idea de la estima en que allí se tiene á Don Quijote.

«Don Quichotte af La Mancha af M. Cervantes. 1. Delen öfversatt after Florian af Carl Gustaf Berg. Stockholm 1802, Kumblinska Tayekerist.» (Don Quijote de la Mancha por M. Cervantes. 1ª Parte, traducida de Florián por Carlos Gustavo Berg. Estocolmo 1802, impreso en la imprenta de Kumblinska.) En 8°. Por haberse hecho tantas ediciones directamente del francés, resulta que como más se conoce en el mundo el hidalgo manchego es por Don Quichotte; lo cual me da siempre lástima. ¡Es tan castizo y español, y suena tan bien decir Don Quijote!

La edición que publicó el Director Enrique A. Nordström en su imprenta, está traducida del original por J. M. Stjernstolpe: «Den tappre och snillrike Riddaren Don Quixotes af Mancha Lefverne och Bedrifter. Ofversättning ifran Spanska Originalet.» (La vida y hechos del valiente y genial caballero...) En 8°. 1818—1819.

«Den beundransvarda historien om Don Quixote de la Mancha och hans vapendragare Sancho Panza. Sammandragen och förkortad för barn.» (La admirable historia de Don Quijote y su escudero Sancho Panza—¡cómo le hubiera

chocado el oírse llamar *vapendragare!* — compendiada y arreglada para niños.) Con ilustraciones y planchas. En 16°. Estocolmo 1848. Gustavo Rylander Bazaren; impreso por Sundberg y Cía.

Otra edición arreglada para niños, tomada de Florián; traducida por Berta y Natalia Spanier. Con 4 grabados en madera. En 8°. Estocolmo 1857, Expedición de la «Enciclopedia»; imprenta de J. W. Sudberg.

Una traducción de Axel Hellstens, publicada por él en Estocolmo en 1857, con un prólogo y biografía de Cervantes. Axel Hellsten no hizo más que cambiar y refundir un poco la traducción de J. M. Stjernstolpe.

«Den tappre och snillrike Riddaren Don Quixote.» En 16°. Publicado en Estocolmo en 1859 por C. G. Berg, para su colección de escritos populares; es el nº 18 de sus «Historias Románticas».

«Don Quixote de la Mancha. För ungdomen fritt bearbetad.» Arreglado para la juventud y compendiado por Aug. Th. Pa. Con 8 grabados en madera. En 8°. Estocolmo 1872, F. W. Löwings; impreso en Köping en la casa J. F. Säfberg.

Otra edición en 8º arreglada para la juventud, por Francisco Hoffmann, con 6 estampas de colores. Estocolmo 1876; editada por Oscar Lamms.

«Den sinnrike Junkern Don Quijote af la Mancha.» Traducido y acompañado de notas por Edw. Lidforss. Estocolmo 1891—1892, Fahlerantz y C[ía]; impreso en la Imprenta Central.

Una edición para la colección «De Gyllene Böckerna» (Los libros de oro), II, ilustrada por Walter Crane. Tomada de Florián; con un prólogo. En 8º. Estocolmo 1901, Alberto Bonniers.

* * *

En finlandés hay dos ediciones:

«Michael Cerwant'en Don Quixote de la Mancha di ritari surullisen muodon ritaritosta» (...el caballero de la triste figura); finlandés por Pekka Ikonen. En 12º. Kuopiossa 1877, A. Harald & G. Bergrot.

La segunda edición de la traducción anterior, en 8º, corregida por F. A. C., y publicada en 1896 en Kuopio en la casa W. W. Telen y Kumpp.

* * *

En Noruega, aunque las lenguas, especialmente por el modo de pronunciarlas, suenan distintas, se leen los mismos libros que en Dinamarca. Sólo desde Ibsen y Björnson se puede decir que este país tiene literatura propia.

En Dinamarca hizo una señora, Carlota Dorotea Biehl, una traducción muy buena, que se publicó el año de 1776 en Copenhague; la misma señora tradujo las «Novelas ejemplares» de Cervantes; y como el lenguaje de la primera obra era anticuado, Siebenberg lo modernizó en la edición magníficamente ilustrada por el célebre pintor Marstrand, y que vió la luz pública en 1865 en Copenhague.

Una traducción menos buena, por Federico Schaldemose, se publicó en la misma ciudad en 1829. En 1880 apareció una edición compendiada por Ana Winkel Horn; y el editor Christiansen, de Copenhague, está preparando una nueva edición.

Éstas son las ediciones en dinamarqués. Pero las españolas se conocen muy bien en Dinamarca.

En la biblioteca de la universidad tienen una edición ilustrada hecha en Amberes 1673, y otra en Barcelona 1832. Además la traducción alemana de Tieck, y dos francesas de 1733 y 1754.

En la Biblioteca Nacional tienen la primera edición de 1605; la Primera y Segunda Parte de la edición de Madrid de 1637; la edición con grabados en cobre publicada por Lord Carteret en Londres en 1738; una edición ilustrada del Quijote y la Vida de Cervantes por Don Gregorio Mayans y Siscar, Madrid 1750; la de la Academia Española de 1780; otra de Londres y Salisbury, 1781, con anotaciones é índices por Juan Bowle; la comentada por Don Diego Clemencín, con su retrato, Madrid 1833; la «Biblioteca de Autores Españoles» con las obras de Cervantes, Madrid 1851; también las Obras Completas en la edición dirigida por C. Rosell (el texto de Don Quijote corregido, con especial estudio de la primera edición, por J. E. Hartzenbusch), doce tomos, Madrid y Argamasilla de Alba 1863; otra del mismo año publicada en Barcelona; una publicada en Madrid 1865 (Biblioteca Ilustrada de Gaspar y Roig), con notas históricas, críticas y gramaticales (¡me asusta sólo la idea!), aumentada con el Buscapié, anotado por Don Adolfo de Castro, y adornada con grabados intercalados, láminas sueltas y el retrato del autor (esta vez no del

crítico). Tienen también la traducción francesa de Viardot, y la alemana hecha en vista de la de Viardot y publicada en Stuttgard, con el prólogo de Heine, en 1837; y la colección de grabados de los cuadros de Coypel.

Mis lectores—si es que hay alguno que me haya seguido hasta aquí—pensarán: quiera Dios que en otros países no logre adquirir datos tan extensos como en Dinamarca. Yo me temo que así va á suceder, y lo sentiría, porque enorgullece ver á mi amigo apreciado en todas partes.

NO me atrevía en estos momentos á preguntar por Don Quijote en Rusia; pero mi prima Teresa, que ha estado allí, y que, como todos los que han viajado mucho, sabe que no hay que juzgar desde lejos los pueblos por los acontecimientos que en ellos se desarrollan, me dijo que lo haría ella, y el resultado de sus gestiones prueba que los moscovitas tienen en mucha estima al Quijote, como lo dicen las numerosas traducciones que de la obra se han hecho en lengua rusa. El granduque Constantino Constantinowitch, hermano de la reina de Grecia, le envió con palabras amabilísimas la lista completa de las ediciones rusas redactada por un entusiasta bibliófilo, J. G. Besghinn, Zárskoye Sselo. Formaba un cuaderno entero, y como estaba todo escrito en ruso, necesité de nuevo el auxilio de mi prima, que, á pesar de estar escribiendo

una nueva obra científica, durante muchas horas se ha ocupado de mi trabajo.

«Istoria o slavnom Lamanchskom ritsarie Don Kijotie. Pereviedeno s franzuskavo.» (La historia del glorioso caballero de la Mancha Don Quijote. Traducida del francés.) Dos tomos en 8º San Petersburgo 1769. Es la primera edición de que nos habla el Señor Besghinn. Á continuación cita las siguientes ediciones, casi la mitad, como verá el lector, arregladas para niños. Copiaré la lista tal como la ha mandado, transcribiendo las palabras rusas por letras españolas.

«Nieslyjannyi chudodei ili nieobychainyie i udivitelniye podvigui i priclucheniya jrabravo i snamenitavo stranstvuyujchavo ritsaria Don Kijota. Sochinieniye slavnavo Mijaila Servanta Saavedra. Vo gradie sv. Pietra 1791.» (El nunca oído hazañoso caballero ó los extraordinarios y asombrosos hechos y aventuras del valiente y célebre caballero andante Don Quijote.) Este título tan retumbante le hubiera gustado á Don Quijote. Hasta el modo de nombrar el autor y la ciudad es pomposo: «La obra del celebérrimo Miguel Cervantes de Saavedra. En la ciudad de San Pedro 1791.»

Traducida del francés por N. O. (Nicolás Osipow). Dos partes, con un prólogo del traductor.

Sigue otra traducción, hecha de la de Florián por W. Chukowski, y publicada en Moscú en 1803—1806. Seis tomos en 12.º, con un prólogo de Florián y otro del traductor ruso, y una descripción de la vida de Cervantes y sus obras. Está ilustrada con 24 grabados, y los retratos de Cervantes y Florián.

Segunda edición de la traducción de Osipow, Moscú 1812.

En 1815 se publicó en la misma ciudad la segunda edición de la traducción hecha de la de Florián.

En San Petersburgo apareció en el año de 1831 otra traducción del francés de S. de Chaplet, en la casa Smirdin. Seis tomos en 12.º, con un prólogo del traductor francés. Cada tomo tiene un grabado; tres son de Galaktionow, y tres de Afanasiew.

En 1838 editó la casa A. Plüchar de San Petersburgo la traducción rusa de la Primera Parte del Quijote hecha directamente del castellano por Constantino Masaliski, con una larga

disertación sobre la vida y obras de Cervantes, tomada de Viardot. Adornan esta edición numerosas ilustraciones en el texto y hojas sueltas.

«Don Kijot Lamanchskii. Raskas dlya dietei» (narración para niños). En tres partes con 6 grabados. San Petersburgo 1846.

En 1848 se publicó en San Petersburgo la segunda edición de la traducción de Constantino Masaliski, con algunas ilustraciones menos.

En 1860 una segunda edición mejorada de la narración para niños, que publicó la casa M. O. Wolff.

Las dos partes de Don Quijote traducidas del castellano por W. Karelin y publicadas en San Petersburgo en 1866.

Una edición para niños publicada en 1867 por N. S. Lwow. Con 43 grabados.

Otra de la de A. Gretsch. 1868.

En 1869, «La historia del célebre Don Quijote de la Mancha. Traducción arreglada por M. Chistiakow.»

La segunda edición de la traducción de W. Karelin. Editada por N. A. Jiguin. Con una estampa de Don Quijote. 1773.

En Odesa, Fr. Hoffmann publicó también, en 1874, una historia de Don Quijote arreglada para niños y traducida del alemán por N. K. Gernett, en la casa editorial de Behrendt. Con ilustraciones.

La edición corregida de la traducción de A. Gretsch, para niños. San Petersburgo 1880. Con 8 cromolitografías en hojas separadas y sobre la portada y la última página.

Tercera edición de la traducción de W. Karelin. Editada por N. A. Jiguin. San Petersburgo 1881. Dos tomos ilustrados. En el primero un retrato de Cervantes tomado de un grabado en cobre de la casa F. A. Brockhaus, de Leipzig, y otro de Don Quijote en la portada, y 312 ilustraciones en el texto. Al principio una disertación sobre Cervantes y su libro. En el segundo, dos grabados de Don Quijote y 317 ilustraciones en el texto. Al final, como apéndice, un estudio crítico de W. Karelin: «El Donquijotismo y el Demonismo».

Una narración para niños publicada en San Petersburgo en 1883, titulada: «Don Quijote de la Mancha, el caballero de la triste figura

y caballero de los leones. Tomado de Cervantes y arreglado para la juventud rusa por O. J. Rogow.»

La segunda edición de la traducción arreglada por M. Chistiakow, publicada en compendio por W. Gubinski. Con 64 ilustraciones. San Petersburgo 1885.

La «Biblioteca Popular» de W. N. Maraknef publicó en Moscú en 1888 una edición con un dibujo en la portada.

En 1889, otra edición de la traducción de Gretsch para niños. Con 78 grabados de Gustavo Doré.

«Jrabrii ritsar Don Kijot. Sochinenie Servantesa.» (El valiente caballero Don Quijote, de Cervantes.» Arreglado por N. Dementiew. Publicado por J. D. Sytin y Cía, con ilustraciones en el texto y la portada. Moscú 1891.

«Don Quijote de Cervantes. Traducción compendiada y arreglada para la juventud.» Con 43 ilustraciones en el texto. San Petersburgo 1892.

En el mismo año, otra edición popular en Moscú, «del admirable caballero Don Quijote». Con cromolitografías en el texto y la portada.

La cuarta edición de la traducción de W. Karelin, corregida y aumentada por W. Sotow. Dos tomos. Ilustrada con 765 grabados.

Una edición de la traducción de Devroen, «Don Kijot Lamanchskii, ritsar pechalnavo obrasa i ritsar lwow.» (El caballero de la triste figura y caballero de los leones.) San Petersburgo 1893.

Otra edición para niños, con 6 cromolitografías. Moscú 1894.

En 1895 se publicó en la misma ciudad un discurso pronunciado en 1891 en el Museo Histórico, y dirigido á los alumnos de segunda enseñanza, por acuerdo de la «Sociedad del fomento de la enseñanza». Es una exposición bastante completa del contenido del libro, con un retrato de Cervantes y 3 dibujos. Estos discursos podrían servir de ejemplo á los que desean mejorar la instrucción en España.

En el mismo año apareció en San Petersburgo una traducción completa del Quijote, en dos partes, de N. M. Timofeyew, publicada por P. P. Soikin.

También en San Petersburgo, el mismo año, en la imprenta de W. Gubinski, una tercera edición de la que arregló M. Chistiakow, con 100 grabados.

La edición popular arreglada para niños por Gretsch, con 8 cromolitografías, se volvió á publicar en Moscú en 1895.

Era éste un año próspero para Don Quijote, porque todavía se publicó con esa fecha en la misma ciudad, en la librería de A. G. Kolchuguin, una traducción nueva y muy completa, de S. M., en dos tomos con 76 grabados de Gustavo Doré, con notas y un trabajo crítico de Luis Viardot sobre la vida de Cervantes.

El «Instituto de procedimientos de enseñanza y juegos para niños» en San Petersburgo, hizo en uno de sus discursos para niños con linterna mágica, una pequeña representación de los principales episodios del Quijote, en 1898, que se publicaron luego en forma de libro.

Debe de ser allí muy popular entre los niños, porque en el mismo año se hizo otra edición de la traducción de Gretsch.

La revista ilustrada «Wokrug Swieta» publicó en el mes de julio de 1899 en Moscú la Segunda Parte de Don Quijote, traducida del castellano por L. A. Murajina.

La «Biblioteca Popular» de W. N. Maraknef, en Odesa, dió á la luz pública en 1899/1900 una edición compendiada, hecha por la «Sociedad de Accionistas para la impresión de libros en la Rusia Meridional». ¿No sería otro ejemplo digno de seguirse en España, esto de constituir sociedades para imprimir libros?

En Moscú, 1900, otra edición popular compendiada.

En San Petersburgo, 1901, la quinta edición, ilustrada con 732 grabados, de la traducción de W. Karelin, publicada por W. Gubinski, y corregida y completada por W. Sotow.

Al año siguiente, también en la capital moscovita, en la colección «Nueva Biblioteca de Suworin»: «El incomparable caballero Don Quijote, traducido del español», con un prólogo, una biografía del autor y notas, por Marc Bassanin (seudónimo de la traductora). Cuatro tomos.

En el mismo año de 1902 apareció en Moscú otra edición popular con 8 cromolitografías.

Y en San Petersburgo otra de la traducción de A. Gretsch para niños.

La edición abreviada para la juventud imprimió una segunda edición mejorada en la librería de W. Sukow, San Petersburgo 1903, con una pequeña biografía de Cervantes, su retrato y 43 ilustraciones.

J. D. Sytin publicó en Moscú, en 1904, una traducción completa del castellano, hecha por N. W. Tulupow, con una biografía de Cervantes é ilustraciones de Gustavo Doré.

La compendiada bajo la dirección de M. Chistiakow hizo una cuarta edición en San Petersburgo en 1904, con 100 grabados.

Marius Petipa compuso un baile sobre asuntos del Quijote, y el libreto se imprimió cinco veces; la música es de L. Minous. Lo imprimió J. Ries para el Teatro Imperial de Moscú, en 1869 en cuatro actos y ocho cuadros. En 1871, otro baile de ocho actos y once cuadros, con un prólogo y un epílogo, publicado en San Petersburgo por M. O. Wolff. En 1875 se publicó en el mismo sitio la segunda edición de esta obra.

Los Entremeses, las Novelas Ejemplares, Pérsiles y Segismunda, están también traducidos en ruso.

En una colección de narraciones de los mejores autores antiguos y modernos titulada: «Nueva Biblioteca Popular», San Petersburgo 1779, se encuentran algunos trozos escogidos del Quijote, traducidos del francés por E. S. Charlamoff.

La revista titulada: «Algo para las horas de esparcimiento», publicó en 1800 una carta de Cervantes á un estudiante.

En Rusia, dirá el lector al leer estos datos, conocen muy bien al autor del Quijote. Yo me alegro mucho y he sentido especial alegría en escribir estas páginas.

¡Y todavía el granduque Constantinowitch pregunta á mi prima Teresa si estoy satisfecha de la contestación! ¡Ya lo creo que lo estoy! Primero por la amabilidad con que se han prestado á informarme sobre lo que deseaba; y segundo, porque he visto que en Rusia saben saborear las bellezas literarias del inmortal Cervantes. El gusto de lo bello sublima y engrandece los pueblos.

* * *

En polaco se publicó una traducción de Don Quijote por J. L., con 8 ilustraciones de Gustavo Doré. 1895.

Una edición ilustrada para niños se publicó en Cracovia en 1883.

Además en Varsovia, 1899, «Don Kiszot z przedmową Irigeckiego» (con un prólogo de Irige), para adultos, con ilustraciones de Gustavo Doré. Seis tomos.

NO había pensado escribir nada sobre Francia, porque son varios los escritores que se han ocupado ya de este asunto, al hablar, en libros y revistas, de la influencia de la literatura clásica española en la francesa. Y los libros franceses que tratan de estas materias son muy conocidos en España. Falto, sin embargo, á mi primer propósito, para comunicar á mis lectores las curiosas noticias que sobre la literatura de Don Quijote en Francia me ha enviado, en amable carta, el eminente publicista y sabio francés Fernando Brunetiere, y para decir algo sobre la bibliografía que de Don Quijote existe en la Biblioteca Nacional de París. No deja de ser interesante conocer el crecido número de ejemplares que allí tienen del Quijote, porque ello por sí sólo da idea del aprecio en que los franceses tienen la obra inmortal de Cervantes.

En una *Aprobación* de la Segunda Parte del Quijote, escribe el erudito director de la «Revue des Deux Mondes», la siguiente curiosa narración del licenciado Marqués, censor que fué de Cervantes.

«El 25 de enero de 1615 me cupo el honor de acompañar á S. E. el Cardenal Arzobispo de Toledo, en la visita que hizo al Embajador de Francia, que acababa de llegar. En el curso de nuestra conversación, me preguntaron los gentiles hombres de su séquito, cuáles eran los autores españoles de más reputación. Al oir el nombre de Miguel de Cervantes, de quien en aquel entonces era yo censor, los señores no encontraban palabras para expresar la admiración en que se le tenía en su país. Sabían de memoria la 'Galatea' y la Primera Parte del Quijote, y tan ardientes fueron los elogios que de él hicieron, que me vi obligado á ofrecerles que les presentaría al autor; ofrecimiento que ellos aceptaron con visibles muestras de alegría.»

Éste es, según mi creencia — dice el Señor Brunetiere —, el testimonio más antiguo de los que dan fe del éxito que alcanzó en nuestra patria

la Primera Parte del Quijote. Los franceses no esperaron mucho tiempo para hacer completa justicia á la obra maestra de Cervantes, puesto que ésta había aparecido en 1605. Como dato interesante se podría añadir que los señores de que nos habla el licenciado Marqués, habían leído el libro y habían sabido apreciar y admirar sus bellezas en la lengua del original, toda vez que la primera traducción francesa de las «Aventures du Chevalier de la Manche», por César Audin, no vió la luz pública hasta el año de 1639.

A partir de aquella época, el espíritu francés ha encontrado siempre singular deleite en leer y saborear las páginas del Quijote, hasta tal punto que puede afirmarse que no hay otra obra maestra extranjera—si se exceptúan, y eso no como cosa cierta, el «Róbinson Crusoe» y «Les voyages de Gulliver» —, de la que se hayan hecho más traducciones, imitaciones ó adaptaciones en lengua gálica. Desde luego no hay otro libro extranjero cuyos personajes, episodios y chistes sean tan conocidos de todos los franceses. La popularidad de Cervantes en Francia, puede decirse, sin incurrir en exageración, que iguala á la de Moliere y Lafontaine.

Encontramos una prueba evidente de mi aserto en la manera como nuestros escritores, Madame de Sevigné por ejemplo, no diré *aprecian* ó *juzgan,* pero sí que *citan* á Cervantes, cual si se tratara de un compatriota, y en la seguridad de que Madame de Grignan ó Bussy-Rabutin conocían el Quijote.

Al decir esto, no hago sino constatar lo que algún tiempo después, hacia el año de 1713, escribió Dancourt, el autor cómico, en un prefacio que hizo para una comedia sobre Sancho Panza: «Diré tan sólo, para no extenderme en largas consideraciones, que este libro (el Quijote) anda en manos de todo el mundo.» Montesquieu, en las «Lettres Persanes», de 1721, dejó escapar á su pluma el despropósito, la tontería podríamos decir, de que el solo libro español bien escrito y con afán leído, «era aquel que había puesto en ridículo á todos los otros». No es ésta la ocasión de discutir y refutar la peregrina afirmación de Montesquieu; digamos solamente que, aunque atrevida y falsa, es una prueba más en favor de la popularidad y aceptación que ha alcanzado el Quijote en Francia.

El Quijote es uno de los libros más genuinamente españoles; su sabor español es fuerte y pronunciado como en los «Amadís» ó en la «Novela de la vena picaresca», y en él supo hermanar su autor la ardiente ó romanesca exaltación de los unos con el realismo exacto y á veces cínico de los otros; pero al mismo tiempo es el libro español más en armonía con el carácter del espíritu francés, y desde luego mucho más francés que todos los libros de Quevedo y que todos los dramas de Lope de Vega. «El Rolando Furioso», de Ariosto, y «Le Pantagruel» de Rabelais, que son, como el Quijote, sátiras ó parodias de los libros de caballería, no alcanzaron nunca fuera de las fronteras de su país, y tal vez ni aun entre sus compatriotas, el éxito que entre nosotros ha alcanzado el Quijote, con el que nos familiarizamos desde los primeros años de la niñez, en el que, por decirlo así, se aprende á leer, y del que siempre se conserva gratísimo recuerdo. Sería curioso investigar la razón de esto. Los mismos españoles no se atreverían á decir que es la consecuencia de la superioridad absoluta del ingenio que animaba al glorioso soldado de

Lepanto, sobre el del que sin razón se llama «joyeux curé de Meudon», ó sobre el del incomparable virtuoso Messer Ludovico. Preciso es que dependa de cierta misteriosa afinidad ó analogía entre las cualidades de Don Quijote y las que caracterizan el espíritu francés.

Sea lo que quiera de esta intrincada cuestión psicológica, y dejando su solución á otros escritores de más brío y ciencia, es lo cierto que Cervantes, gracias á su Quijote, ha llegado á compartir la fama y popularidad literarias con los más afamados ingenios que registra la historia de la literatura francesa, y que en la tierra clásica del buen gusto y la elegancia han rendido, desde su aparición, justo homenaje de admiración á la obra imperecedera de Miguel de Cervantes.

* * *

Con lo que llevo escrito bastaba para que mis lectores pudieran darse cuenta de la acogida que en Francia ha tenido el Quijote, y en realidad aquí debiera poner punto final á estas líneas; no lo hago porque, como ya dije, me parece interesante publicar los datos, aún inéditos, que he adquirido de la Biblioteca Nacional de París.

No era fácil averiguar lo que relativo al Quijote había en aquella biblioteca, porque se está publicando el catálogo, y aunque de los doscientos cincuenta tomos de que se compondrá, han salido ya veinte, y cada uno contiene unas 800 páginas, la letra C no se ha publicado todavía.

En español hay en los estantes de la mencionada biblioteca más de sesenta ejemplares de los editores más conocidos; los cuales se encuentran por lo general en todas las grandes bibliotecas de Europa.

En francés más de ciento treinta, gran número de los cuales son incompletos, porque muchos de ellos son ediciones arregladas para niños.

La más antigua es la de Berthelier, Ruán 1646.

Por orden cronológico sigue la de Tilleau de St-Martin, cuatro tomos en 12º., París 1677—1678, que lleva el título de «L'admirable Don Quichotte de la Manche».

La misma editada en la Haya por P. de Hondt, 1746, con grabados de Coypel. Este ejemplar tiene las armas de la reina María Antonieta.

En Amsterdam publicó P. Mortier, en 1695, una preciosa edición de la traducción de Tilleau

de St-Martin, en cinco tomos en 12°. En la actualidad son muy pocos los ejemplares que existen de la edición de Amsterdam, y por un ejemplar bien conservado se pagan sumas fabulosas.

La traducción hecha por Florián, tan conocida en el mundo entero. Obra póstuma, y más bien adaptación que traducción. París, año VII, Deterville. Seis tomos en 24.º, con grabados.

Otra traducción, muy exacta, hecha por D'Aulnay. Cuatro tomos en 24.º, con grabados de Deveria. París 1821, T. Desoer.

La edición Mame, Tours 1858, en 8.º, con ilustraciones de Granville.

«L'ingénieux Hidalgo Don Quichotte de la Manche», de Luis Viardot, con ilustraciones de Gustavo Doré, y editado en París 1863, por Hachette, en dos tomos en folio. Ésta es una de las mejores traducciones que del Quijote se han hecho en Francia, y la única que ha sabido trasladar á la lengua francesa las bellezas del original; pero por desgracia es muy poco conocida, sin duda por lo poco prácticos que suelen resultar los infolios, y por lo mucho que cuesta un ejemplar.

La traducción de Farine, publicada hace unos cuarenta años.

Otra por desgracia no terminada; no tiene más que 96 páginas, ilustradas por nuestro compatriota Daniel Vierge, de tanto talento y tan desgraciado.

La edición en 4.º, con ilustraciones de Enrique Pille, que publicó Charavay, París 1893.

Éstos son los ejemplares de ediciones francesas que hay en la Biblioteca Nacional de París.

Tienen además 2 ediciones en alemán, 4 en inglés, 1 en danés, 3 en holandés, 4 en italiano, 2 en portugués, 1 en ruso, 1 en finlandés; otra — lo vi con asombro, porque no se me había ocurrido ni preguntar — en búlgaro, publicada en dos tomos, 1894 y 1898; otra en croato, Agram 1879; y por fin una en servio, Belgrado 1895, que confirma lo que dije de Rusia, que no hay que juzgar á los pueblos por los acontecimientos que los arrastran.

De propósito he dejado á Inglaterra para el final, porque se lleva la palma entre todas las naciones, en el estudio y entusiasmo por la literatura de Don Quijote.

Ha sido tan grande y tan grata la impresión que experimenté al recibir la lista de las traducciones y ediciones hechas en Inglaterra que me ha enviado el Señor Martín Hume, corresponsal de la Real Academia Española de la Historia, que no dudo en darla á conocer íntegra á mis lectores, escudada en los títulos del eminente hispanófilo, y convencida de que su conocimiento puede despertar interés y reportar provecho á los aficionados al estudio de Cervantes.

Los eruditos datos remitidos por el Señor Hume comprenden:

1. «The History of the Valorous and Witty Knight-Errant Don Quixote de la Mancha» (el

valeroso é ingenioso caballero andante...). Traducida por Tomás Shelton. Primera Parte. Impresa por «Wilhiam Standsby for Ed. Blounte and W. Barrett». En 4°. Londres 1612. (Editio Princeps.) Dice el traductor de esta primera edición inglesa, que la había traducido cuatro años antes de la publicación, es decir, en 1608, un año después de haber aparecido la primera edición española en Bruselas. Escrita en el estilo pintoresco de la época de Shakespeare, adolece mucho, sin embargo, de la carencia de conocimiento del castellano en el traductor; pero aparte de la poca exactitud de la versión, por su estilo es excelente. Según dice el traductor, completó su obra en cuarenta días.

2. Segunda edición de la Primera Parte traducida por Tomás Shelton. Contiene muchas variaciones de la primera. Londres 1612. La Segunda Parte en Londres 1620. Estas dos partes fueron publicadas juntas en 1620, y forman la *editio princeps* de toda la obra en Inglaterra.

3. La segunda edición en Inglaterra de la obra completa en Londres 1652.

4. La tercera en Londres 1675.

5. «The History of the most Renowned Don Quixote of Mancha and his trusty Squire Sancho Panza» (La historia del muy célebre Don Quijote de la Mancha y su fiel escudero Sancho Panza). Traducida por J. Philips. En 4°. Londres 1687. Luego fueron también los ingleses quienes nombraron primero á Sancho Panza. Hecha esta edición por un sobrino de Juan Milton, está llena de indecencias, y queda ya en merecido olvido.

6. La segunda edición de la traducción anterior, en 12°., Londres 1689, pero con otro título: «The delightful History of Don Quixote, the Most Renowned Baron of Mancha» (la encantadora historia).

7. Un compendio de la anterior, en 12°., Londres 1699, titulado: «The much esteemed History of...» (la muy estimada historia).

8. «The History of the Most Ingenious Knight Don Quixote», traducida por el capitán Juan Stevens. Dos tomos en 8°. Londres 1700.

9. «The History of the Ever Renowned Knight Don Quixote» (el siempre renombrado caballero). Traducida por Pedro Motteux. Primera edición de esta traducción, Londres 1700. Dos tomos en 4°. La traducción de Motteux (ó más bien, la que lleva

su nombre), es una reproducción ó mezcla de las varias traducciones anteriores, tanto en inglés como en francés, hecha por varios escritores dirigidos por Motteux. Esta traducción ha sido muy popular, y lo es aún en nuestros días, gracias á la vivacidad y al chispeante ingenio que en ella resplandecen.

10. Una traducción hecha por varias personas. Cuatro tomos en 12°. Londres 1700.

11. Otra revisada por el capitán Juan Stevens. Dos tomos en 8°. Londres 1706.

12. Otra edición de la traducción de Pedro Motteux. Cuatro tomos en 12°. Londres 1712.

13. Otra igual, Londres 1719.

14. La segunda edición del compendio n.° 7. En 12°. Londres 1721.

15. «The most admirable and delightful History...» (la más admirable y encantadora historia). Es un compendio en 12°. Londres 1721.

16. Otra edición de la traducción de Pedro Motteux. Cuatro tomos en 12°. Londres 1725.

17. Cuarta edición de la traducción de Shelton. Cuatro tomos en 12°. Londres 1731.

18. Quinta de la de Motteux. Londres 1733.

19. «Vida y Hechos del ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.» (Primera edición española.) Cuatro tomos en 4°. Londres 1738. Esta edición la publicó la casa J. & R. Jonson, y el texto fué corregido por Pineda, quien desempeñó muy mal su empresa, pues está la edición llena de erratas.

20. Quinta edición de la traducción de Shelton. Londres 1740.

21. «The Life and Exploits (la vida y hechos de armas) of the Knight Don Quijote de la Mancha.» Traducido por Carlos Jarvis. Dos tomos en 4°. Londres 1742. La traducción de Jarvis ha sido la más popular de todas. Es muy correcta, y las notas críticas son excelentes; pero la versión es algo fría y duro el estilo; ya ha perdido su boga.

22. Sexta edición de la traducción de Motteux. Londres 1743.

23. Segunda edición de la de Jarvis. Cuatro tomos en 12°. Londres 1747.

24. Tercera edición de la misma. Cuatro tomos en 12°. Dublín 1747.

25. Séptima de la de Motteux. Glasgow 1747.

26. Cuarta de la de Jarvis. Londres 1749.

27. Octava de la de Motteux. Londres 1749.

28. «The History and Adventures of the Renowned Don Quixote. Illustrated with 28 new copper plates, designed by Hayman.» Traducida por Tobías Smollet M. D. Dos tomos en 4°. Londres 1755. Primera edición de esta famosa traducción. Está en gran parte tomada de Jarvis; pero naturalmente, Smollet la ha mejorado mucho y la ha hecho infinitamente más amena y entretenida.

29. Quinta edición de la de Jarvis. Londres 1756.

30. Segunda de la de Smollet. Cuatro tomos en 12°. Londres 1761.

31. Tercera de la misma. Cuatro tomos en 12°. Dublín 1765.

32. Sexta de la de Jarvis. Londres 1765.

33. Novena de la de Motteux, revisada por Ozell. Edimburgo 1766.

34. Séptima de la de Jarvis. Londres 1766.

35. Primera edición de la traducción de Jorge Kelly. Cuatro tomos en 4°. Londres 1769. Está casi toda tomada de Motteux.

36. Tercera de la de Smollet. Londres 1770.

37. Décima de la de Motteux, revisada por Ozell. Glasgow 1771.

38. Traducción de C. H. Wilmot. Dos tomos en 4°. Londres 1774.

39. «Las principales aventuras de Don Quijote.» Grabados de Coypel. En folio. Londres 1775.

40. Octava edición de Jarvis. Londres 1776.

41. Un compendio titulado: «La vida de Don Quijote.» Un tomo en 8°. Londres 1778.

42. «Don Quijote de la Mancha. Nueva edición por John Bowle.» (En castellano.) Tres tomos en 4°. Salisbury 1781. Ésta es la primera edición con comentarios críticos que vió la luz pública. Se publicó también en Londres el mismo año. Es una edición muy rara y muy rebuscada por los coleccionistas de libros. Los comentarios de Bowle forman la base de todos los estudios críticos de la obra, posteriores á esta edición. Bowle, que dedicó su vida al estudio del Quijote, fué un clérigo anglicano del condado de Essex.

43. Cuarta edición de la traducción de Smollet. Londres 1782.

44. Tercera edición de la abreviación n° 7. Glasgow 1784.

45. Quinta edición de la misma. Londres 1786.

46. Sexta edición de la misma. Londres 1792.

47. «The History of Don Quixote.» Un tomo en 8°. Londres 1792.

48. Séptima edición de la traducción de Smollet. Cuatro tomos en 12°. Londres 1793.

49. Octava edición de la misma. Un tomo en 8°. Londres 1794.

50. Novena edición de la misma. Un tomo en 8°. Londres 1795.

51. Décima edición de la misma. Cuatro tomos en 8°. Dublín 1796.

52. Undécima edición de la misma. Cinco tomos en 8°. Londres 1797.

53. Duodécima edición de la misma. Cuatro tomos en 8°. Londres 1799.

54. Décimatercia edición de la misma. Cuatro tomos en 12°. Londres 1801.

55. Novena edición de la de Jarvis. Cuatro tomos en 8°. Londres 1802.

56. Undécima edición de la de Motteux. Edimburgo 1803.

57. Décimacuarta edición de la de Smollet. Glasgow 1803.

58. Décima edición de la de Jarvis. Cuatro tomos en 16°. Londres 1807.

59. «El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.» Cuatro tomos en 12°. Londres 1808. Esta edición publicada en la casa editorial Láckington, fué dirigida por un tal Felipe Fernández, que se dice jerezano y fué probablemente un refugiado político.

60. Undécima edición de la traducción de Jarvis. Dos tomos en 4°. Londres 1809.

61. Duodécima edición de la misma. Cuatro tomos en 8°. Londres 1810.

62. «The Life and Exploits of Don Quixote.» (¿Jarvis?) Cuatro tomos en 12°. Londres 1811.

63. Otra edición de 1814, que fué publicada simultáneamente en París y en Londres, por Bossange y Masson.

64. «The History of Don Quixote.» (¿Décimaquinta edición de Smollet?) Cuatro tomos en 12°. Edimburgo 1815.

65. Décimasexta edición de la traducción de Smollet. Dos tomos en 24°. Londres 1818.

66. «El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.» Es una reimpresión hecha en la casa Láckington.

67. «Don Quixote de la Mancha.» Esta edición es una reproducción de las traducciones de Shelton, Motteux, Jarvis y Smollet, arreglada por María Smirke. Cuatro tomos en 8°. Londres 1818.

68. Décimacuarta edición de la traducción de Jarvis. Cuatro tomos en 8°. Londres 1819.

69. «Life and Adventures of Don Quixote.» Cuatro tomos en 8°. Londres 1820.

70. Un compendio. Un tomo en 8°. Londres 1820.

71. Décimaquinta edición de la traducción de Jarvis. Cuatro tomos en 12°. Londres 1821.

72. Duodécima edición de la de Motteux. Cinco tomos en 8°. Edimburgo y Londres 1822.

73. Décimasexta edición de la de Jarvis. Cuatro tomos en 12°. Londres 1823.

74. Décimaséptima edición de la misma. Dos tomos en 12°. Londres 1824.

75. Décimoctava edición de la misma. Cuatro tomos en 12°. Londres 1825.

76. Décimanona edición de la misma. Cuatro tomos en 16°. Éxeter 1828.

77. «Don Quixote abridged» (abreviado). Un tomo en 8°. Londres 1830.

78. Vigésima edición de la traducción de Jarvis. Dos tomos en 12°. Londres 1830.

79. Décimaséptima edición de la de Smollet. Tres tomos en 8°. Londres 1833.

80. Vigésima primera edición de la de Jarvis, con 24 grabados de Cruikshank. Dos tomos en 8°. Londres 1833.

81. Vigésima segunda edición de la misma, con sólo 15 de estos grabados. Dos tomos en 16°. Londres 1834.

82. «Don Quixote.» Un tomo en 4°. Londres 1836.

83. Vigésima tercera edición de la traducción de Jarvis. Tres tomos en 4°. Londres 1837.

84. Vigésima cuarta edición de la misma. Tres tomos en 8°. Londres 1838.

85. «The History of Don Quixote.» Abreviación de la traducción de Smollet. Un tomo en 16°. Hálifax 1839.

86. Vigésima quinta edición de la de Jarvis. Cuatro tomos en 12°. Londres 1840.

87. «Don Quixote de la Mancha.» Un tomo en 8°. Londres 1842.

88. Vigésima sexta edición de la traducción de Jarvis. Dos tomos en 4°. Londres 1842.

89. «Don Quixote de la Mancha.» Un tomo en 8°. Londres 1847.

90. «The History of Don Quixote.» Adaptación de la traducción de Smollet. Un tomo en 8°. Londres 1848.

91. Vigésima séptima edición de la traducción de Jarvis. Dos tomos en 8°. Londres 1852.

92. «Don Quixote.» Un tomo en 8°. Londres 1853.

93. Vigésima octava edición de la traducción de Jarvis. Un tomo en 8°. Londres 1856.

94. Vigésima nona edición de la misma. Un tomo en 8°. Londres 1858.

95. «Don Quixote.» Un tomo en 4°. Londres 1859.

96. «History of Don Quixote.» Un tomo en 4°. Londres 1864. Nuevas impresiones de esta edición, con grabados, fueron publicadas en 1867, 1870, 1872, 1876 y 1878.

97. Trigésima edición de la traducción de Jarvis. Un tomo en 8°. Londres 1866.

98. Trigésima primera edición de la misma. Un tomo en 8°. Londres 1867.

99. Trigésima segunda edición de la misma. Un tomo en 8°. Londres 1869.

100. Trigésima tercera edición de la misma. Un tomo en 8°. Londres 1870.

101. «The Story of Don Quixote for our Youngfolks.» (Edición para niños.) Un tomo en 8°. Londres 1870.

102. «The Adventures of Don Quixote.» Un tomo en 8°. Londres 1870.

103. «The History of Don Quixote.» Un tomo en 16°. Londres 1870.

104. «El ingenioso hidalgo Don Quijote.» Un tomo en 8°. Glasgow 1871. Publicado por Mauricio Ogle.

105. Otra edición española publicada en Londres 1871, en la casa Cassell and Co.

106. «The Story of Don Quixote and his Squire.» Un tomo en 8°. Londres 1871.

107. «The wonderful Adventures of Don Quixote.» Abreviación. Un tomo en 4°. Londres 1872.

108. «Adventures of Don Quixote.» (¿Duodécima edición de la traducción de Motteux?) Un tomo en 8°. Londres 1877.

109. «Don Quixote.» Un tomo en 8°. Londres 1877.

110. Décimatercera edición de la traducción de Motteux. Cuatro tomos en 8°. Edimburgo 1879.

111. Trigésima cuarta edición de la de Jarvis. Un tomo en 8°. Londres 1871.

112. «The Ingenious Knight Don Quixote.» Traducido por A. J. Duffield. Tres tomos en 8°. Londres 1881. Esta versión es buena; pero desgraciadamente está escrita en inglés anticuado, y llena de arcaísmos que la echan á perder. No obstante, se lee.

113. Décimacuarta edición de la traducción de Motteux. Cuatro tomos en 8°. Londres 1881.

114. Décimaquinta edición de la misma. Un tomo en 8°. Londres 1882.

115. Trigésima quinta edición de la de Jarvis. Un tomo en 4°. Londres 1882.

116. «The Adventures of Don Quixote for young readers.» (Edición para niños.) Un tomo en 4°. Londres 1883.

117. Trigésima sexta edición de la traducción de Jarvis, con un prólogo de H. Morley. Un tomo en 8°. Londres 1885.

118. Trigésima séptima edición de la misma, con grabados de Cruikshank. Un tomo en 8°. Londres 1885.

119. «The Ingenious Gentleman Don Quixote.» Traducido por Juan Ormsby. Dos tomos en 8°. Londres 1885. Esta traducción es la mejor que hasta hoy se ha hecho.

120. «The Ingenious Gentleman Don Quixote.» Traducción con notas, por H. E. Watts. Cinco tomos en 4°. Londres 1888. Es una obra muy concienzuda y correcta, y con muchas notas eruditas; pero carece de imaginación y viveza. Falleció el traductor hace pocas semanas.

121. Trigésima octava edición de la traducción de Jarvis. Dos tomos en 8°. Londres 1890.

122. Trigésima nona edición de la misma. Un tomo en 8°. Londres 1892.

123. Décimasexta edición de la de Motteux. Tres tomos en 8°. Londres 1892.

124. Segunda edición de la de Watts. Tres tomos en 4°. Londres 1895.

125. «El ingenioso hidalgo Don Quijote.» Con un prólogo de Jacobo Fitzmaurice Kelly. Dos tomos en 4°. Edimburgo 1899. Es una magnífica edición

publicada por la casa Black en Edimburgo y dirigida por Juan Ormsby y Jacobo Fitzmaurice Kelly, con un prólogo de mucho mérito por este último. Aunque publicada en Escocia y en español, es una de las mejores que se han visto. Se está preparando una nueva edición española fundada sobre el mismo texto, pero en forma más barata. No es probable que salga antes del año que viene.

126. «Don Quixote.» (Segunda edición de la traducción de Ormsby.) Con prólogo é introducción de Jacobo Fitzmaurice Kelly. Cuatro tomos en 8°. Londres 1904.

127. Sexta edición de la primera traducción de Shelton. Tres tomos en 8°. Londres 1904.

128. «Don Quixote.» Con los grabados de Gustavo Doré. Un tomo en folio. Londres 1905.

129. «Don Quixote.» Un tomo en 8°, papel finísimo japonés. Edimburgo 1905.

Ante estos datos, más elocuentes que cuanto pudiéramos escribir sobre la influencia y aceptación que la obra de Cervantes ha tenido y tiene entre los ingleses, no hay más que inclinarse respetuosos y tributar, á fuer de entusiastas y

amantes de las letras patrias, un aplauso de justa admiración á cuantos con su talento y erudición han contribuído á popularizar en la patria de Shakespeare la inmortal novela del más ilustre de nuestros autores.

Dice Don José M. Asensio en su Proemio de la edición de Seix, Barcelona 1898, la que tengo siempre á mano por ser la más agradable por su tamaño é impresión, que «es observación curiosa hecha por los cervantistas, que ninguna edición del Quijote es corriente, ni se encuentra con facilidad en el comercio, á los diez años de haberse publicado. Todas se hacen raras en ese espacio de tiempo, y aun antes; hecho que demuestra por una parte la increíble popularidad de la obra, y explica por otra esa repetición constante de impresiones.» Se conoce que en Inglaterra se agotan todavía más de prisa, porque no sólo se han publicado anualmente ediciones durante largos períodos, sino á veces varias en un año. Yo había hojeado el catálogo del British Museum que hay en la Biblioteca Nacional de Munich, y al ver que allí tenían 71 ediciones españolas, algunas de ellas en dos ejemplares, á

más de 1 en catalán, 65 en inglés, 4 en holandés, 24 en francés, 1 en alemán, 4 en italiano, 1 en portugués, 1 en danés, 1 en húngaro, 2 en romaico, 1 en ruso, 17 abreviaciones en todas las lenguas, 16 extractos y 50 apéndices, pensé que debía ser Don Quijote muy popular en aquella tierra.

Posteriormente leí con gusto la reseña que los periódicos hicieron del banquete organizado por el Señor Sidney Lee en el Hotel Metropole de Londres, en conmemoración del centenario del Quijote. Los oradores que en la fiesta hicieron uso de la palabra demostraron bien claramente que hoy, como en épocas pasadas, existen en la culta Albión amantes de las letras españolas, entusiastas cervantistas que han sabido penetrar las incomparables bellezas esparcidas en la más hermosa de las producciones de la literatura española.

No quiero renunciar al placer de repetir á mis lectores algunas de las hermosas ideas allí expuestas.

El comandante Martín Hume, que presidía, dijo entre otras cosas, en su interesante brindis, que el Quijote tenía *algo* para todas las edades del hombre: «Humorismo y alegría para la juventud,

filosofía para la edad madura, y amargas y dulces verdades para la vejez.» [1]

El Señor Sidney Lee brindó por el Drama, en virtud del relieve que en la escena inglesa ha adquirido la figura de Don Quijote, merced al género de Írving.

El célebre actor octogenario, en frases que prueban su erudición y la modestia propia de los que saben mucho, hizo ver lo difícil que es poner en escena á Don Quijote, cuya figura en realidad no se puede representar [2].

---

[1] El duque de Mandas, embajador de España en Londres, que asistía al banquete, dijo que España no había renunciado á sus ideales y altas aspiraciones, pero que se había adaptado á las exigencias del progreso y de la vida moderna; que no éramos tan sólo un país de visionarios y soñadores, sino un pueblo que florecía y prosperaba. ¡Qué bien suenan estas palabras, y con qué fervor pedí á Dios que las oyera!

[2] Ante estas terminantes palabras, reforzadas por la autoridad indiscutible que en asuntos de escena tiene el Señor Sidney Lee, busqué lo que sobre asuntos de Don Quijote se había escrito para el teatro. El barón Schack, en su Historia de la Literatura Española, cita: «Don Quijote de la Mancha», de Guillén de Castro; «El curioso impertinente», del mismo; «Don Quijote», de Calderón (que no existe ya); «Los invencibles hechos de Don Quijote», por Francisco de Ávila (en el tomo VIII del Teatro de Lope); «Las bodas de Camacho»,

Al día siguiente, en la sesión extraordinaria que se celebró en la «British Academy» para celebrar el tercer centenario del Quijote, el Señor Jacobo Fitzmaurice Kelly, después de haber indicado las diferentes ocasiones en que en el drama y la literatura inglesa se alude á frases del Quijote, y citar el hermoso pasaje de Lord Byron cuando dice en su «Don Juan» que Adeline y Rowe

studied Spanish,
To read Don Quixote in the original,
A pleasure before which all others vanish

(¡un poeta como Lord Byron tenía que saborear ese placer de leer el Don Quijote en el idioma

---

de Meléndez Valdés; «Don Quichotte de la Mancha», dos partes, de Querín de Bouscal (en francés); «Sancho Panza», de Du Fresny (en francés); «Le curieux Impertinent», de Brosse; el mismo, de Detouches; «Sancho Panza Gouverneur», de Daincourt. Á la nota del barón Schack añadiré, como resultado de mis investigaciones sobre la materia: «Der irrende Ritter Don Quixote», de Ph. Förtsch; «Don Quixote im Mohrengebirge», de Müller; «Am Hofe der Herzogin», del mismo; «Don Quixote», de Soden (en la colección «Schauspiele», vol. I); «Don Quixote», de Schack; «Don Quixote der Zweite», ópera de Tittersdorff; «Don Quixote», ópera romántico-cómica de Hensler; «Der verliebte Don Quixote», de Bode (en sus Burlescas); «Don Quixote und Sancho Panza, oder Die Hochzeit des Camacho», zarzuela de Klingemann.

original!), concluye diciendo: «He demostrado que Inglaterra fué el primer país extranjero en hablar de Don Quijote, el primero en traducir el libro; el primer país de Europa en presentarlo decentemente en su lengua natal, el primero en indicar dónde nació el autor, el primero en escribir su biografía, el primero en hacer un comentario sobre Don Quijote, el primero en presentar una edición crítica del texto.... He demostrado que durante tres siglos la literatura inglesa rebosa de alusiones relativas á las creaciones del genio de Cervantes, que los novelistas ingleses de más renombre se encuentran entre sus discípulos, y que los poetas ingleses, los dramaturgos, *scholars* y críticos, que no están de acuerdo en nada, se muestran unánimes y acordes en su admiración por el gran escritor. Hay una constante corriente de simpatía y admiración que rodea su nombre, el consentimiento profundo de todos los grandes hombres, de que es más grande que ellos.

BUSCABA yo el motivo de por qué Inglaterra había sido el primer país en conocer y traducir á Don Quijote, y creí al pronto que sería porque la reina María, primera mujer de Felipe II, era inglesa; reflexioné un poco, y desde luego me convencí de que no podía ser lo que yo había pensado, toda vez que la reina María no estuvo nunca en España, y murió mucho antes de aparecer el Quijote; la primera vez que se oyó el nombre de Cervantes fué con ocasión de los versos que compuso á la muerte de la segunda mujer de Felipe II, Isabel de Valois. Sin embargo, «busquemos la mujer», me decía yo á mí misma, hasta que con gran alegría, lo confieso, leí en el discurso de Fitzmaurice Kelly: «Podemos decir que había poco conocimiento práctico de la literatura española en Inglaterra hasta el principio del siglo XVI, cuando al año siguiente de la publicación del 'Amadís de Gaula', Enrique VIII se casó con Catalina de Aragón. Literatos españoles

visitaron en aquella época las universidades de Londres y Oxford, y aunque, como sucedió con Vives, puedan haber censurado algunos de los libros más populares de España en aquel tiempo, el trato con ellos tenía naturalmente que despertar interés por conocer la literatura de su país.... De este modo se preparó el terreno para Cervantes.»

Pasó por Inglaterra una infanta de España hace muchos años, y todavía se nota. Abundando en este género de ideas dice también Martín Hume, en sus Conferencias sobre la literatura española y su influencia en Inglaterra, que en el siglo XVII Francia se impregnó de modas españolas, debido á la regencia de Ana de Austria, y especialmente á que Luis XIV á su vez se casó con una infanta española. La atmósfera de hispanismo que en aquella época se respiraba, inspiró, según su opinión, el Cid á Pedro Corneille.

Al ir buscando á Don Quijote fuera de España, he tenido el consuelo de encontrar las huellas de las infantas que murieron lejos del país en que nacieron, y ver que también así sirvieron á la patria. Se me perdonará fácilmente que

haga constar este hecho histórico. Al efectuarlo no ha estado en mi ánimo aminorar en nada el merecido éxito que en Francia lo mismo que en Inglaterra y en todos los países ha tenido el Quijote. Soy la primera en reconocer que el aprecio y general estima en que todos los pueblos han tenido y tienen esta obra, no es resultado de determinados acontecimientos políticos ó sociales, sino natural consecuencia de las profundas ideas, de las bellísimas imágenes, del encantador lenguaje, del hondo sentir y pensar, que llenan las páginas del libro de Cervantes. Don Quijote es un libro que conmueve y deleita, habla al alma. Con razón dijo Don Modesto Lafuente, que Cervantes acertó á hacer un libro para los hombres de todas las clases, de todas las edades, de todos los países y de todos los tiempos. ¿Por qué? Martín Hume nos lo dice: «Porque toca los eternos resortes primitivos del sentimiento humano; porque su humorismo es universal y de todos los tiempos, como la filosofía de Shakespeare.» — «Cervantes», dice en otro lugar, «escribe con gracia y donaire, porque piensa y ve claro. Mas, unida á su alegría se ve entre líneas una

tolerancia y un gran optimismo; la manera como procura no condenar á nadie, prueba que su corazón estaba tan sano como su cabeza. Un cervantista muy instruído dice con razón que hay seiscientos sesenta y cinco personajes en Don Quijote, y que entre todos ellos no hay un carácter completamente malo ó despreciable.» Está uno tan cansado de los tipos que nos presenta la literatura moderna, que hace provecho engolfarse de nuevo en el Quijote.

Yo me estoy proporcionando esa satisfacción en honor del centenario, y paso buenísimos ratos. Y confieso que esta ocupación tiene para mí deleites inefables, y que me divierte, como me divierte todo lo que de alguna manera puede recordarme las peripecias y escenas de Don Quijote. Los que por primera vez entran en mis habitaciones, notan en seguida las simpatías y el cariño que siento por el caballero de la triste figura. De la pared de mi cuarto cuelga un cuadrito de Moreno Carbonero, representando la segunda salida de Don Quijote; detrás de él va «Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca». El arte con que Moreno Carbonero pinta el aire de nuestra tierra, nos lo hace

respirar, y á veces casi lo reemplaza. Para sujetar los papeles sobre mi mesa de trabajo, tengo dos bronces, que debo, como el cuadro, al cariño con que mi hermana Isabel me envía todo lo que sabe regocija á un corazón español. Están tomados de las ilustraciones de Gustavo Doré: Sancho Panza sobre el rucio, con los brazos levantados al cielo, gritando: «Vuélvase vuestra merced, señor Don Quijote, que voto á Dios que son carneros y ovejas lo que va á embestir. Vuélvase; ¡desdichado del padre que me engendró! ¿qué locura es ésta? Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados: ¿qué es lo que hace?» Pero Don Quijote, sobre un Rocinante que la elegancia francesa ha transformado en un caballo inglés de raza, «lanza en ristre», exclama: «Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del arremangado brazo, seguidme todos, veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana»; y aunque me da mucha lástima verle alancear á las pobres ovejas, no puedo menos de

sonreírme al recordar la escena, y pensar qué diría Cervantes, cuya fantasía saca de dos rebaños de ovejas los cuadros más vivos y llena seis páginas con las frases más castizas y sonoras que se pueden oir, si se le pusiera delante uno de esos libros modernos con tantos puntos suspensivos y tanto papel blanco. Se comprende fácilmente que el Quijote siga siendo siempre el alimento de los amantes de las bellezas literarias.

Siento tentaciones de ocuparme de las innumerables imitaciones que del Quijote se han hecho en todas las lenguas; pero vale más no hablar de ellas, porque á los imitadores de Cervantes les ha pasado como á los que en música han querido imitar á Wagner, ó á Fortuny en la pintura.

Cervantes es inimitable; primero por la naturaleza intrínseca de su ingenio peregrino, y después, ¿por qué negar que las circunstancias que rodean á un hombre influyen poderosamente en las producciones de su espíritu? Heine lo reconoce así cuando al hablar de Cervantes dice: «La grandeza política de España en aquel tiempo no podía menos de elevar y ensanchar el espíritu

de sus escritores. En los pensamientos de un poeta español no se ponía el sol, como en el imperio de Carlos V.» Jorge Ticknor, en su Historia de la literatura española, al demostrar la velocidad con que Don Quijote se apoderó del mundo, dice que en los diez primeros años tuvo ya ocho ediciones. Ni Shakespeare, Milton, Racine y Moliere pudieran decir otro tanto. Después de un estudio muy detallado acerca de la obra de Cervantes, concluye con estas interesantes palabras: «La enumeración de las ediciones y traducciones no da idea de la fama del Quijote. Hay miles de miles de personas que no lo han leído nunca ni saben quién es Cervantes, y sin embargo hablan todos los días de Don Quijote y Sancho.» Eso mismo me había contestado hace poco un venezolano á quien pregunté si en su tierra conocían el Quijote. «No hay un indio que no le conozca», fueron sus palabras; y al querer saber desde cuándo, añadió: «Cuando vinieron los frailes trajeron el catecismo y el Quijote.» Lo cual prueba que el Quijote se encuentra también en los conventos; un capuchino alemán muy serio me contaba que lo había leído después de

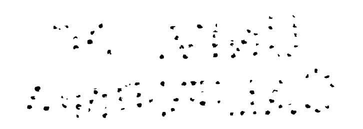
hacerse fraile, con tanto gusto, que había acabado el libro en unos días y comprendía que se entusiasmara uno con él.

El mundo entero se inclina estos días con respeto ante la memoria de ese Cervantes, de quien Walter Scott confiesa haber aprendido á escribir ficción en esas novelas que Goethe llama un tesoro de delicias. La carta que dirigió al conde de Lemos al dedicarle los Trabajos de Pérsiles y Sigismunda, á la cual ha dado después de tres siglos su descendiente el duque de Alba la contestación más hermosa que se podía dar[1], es su mejor oración fúnebre: «Ayer me dieron la Extremaunción, y hoy escribo ésta; el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir;... pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos.» ¡Así dejan la tierra las almas grandes!

Tengo una especial satisfacción en copiar el epitafio siguiente:

---

[1] El duque de Alba, como conde de Lemos, ha dado cien mil pesetas para que se otorgue cada tres años un premio á algún escritor pobre.



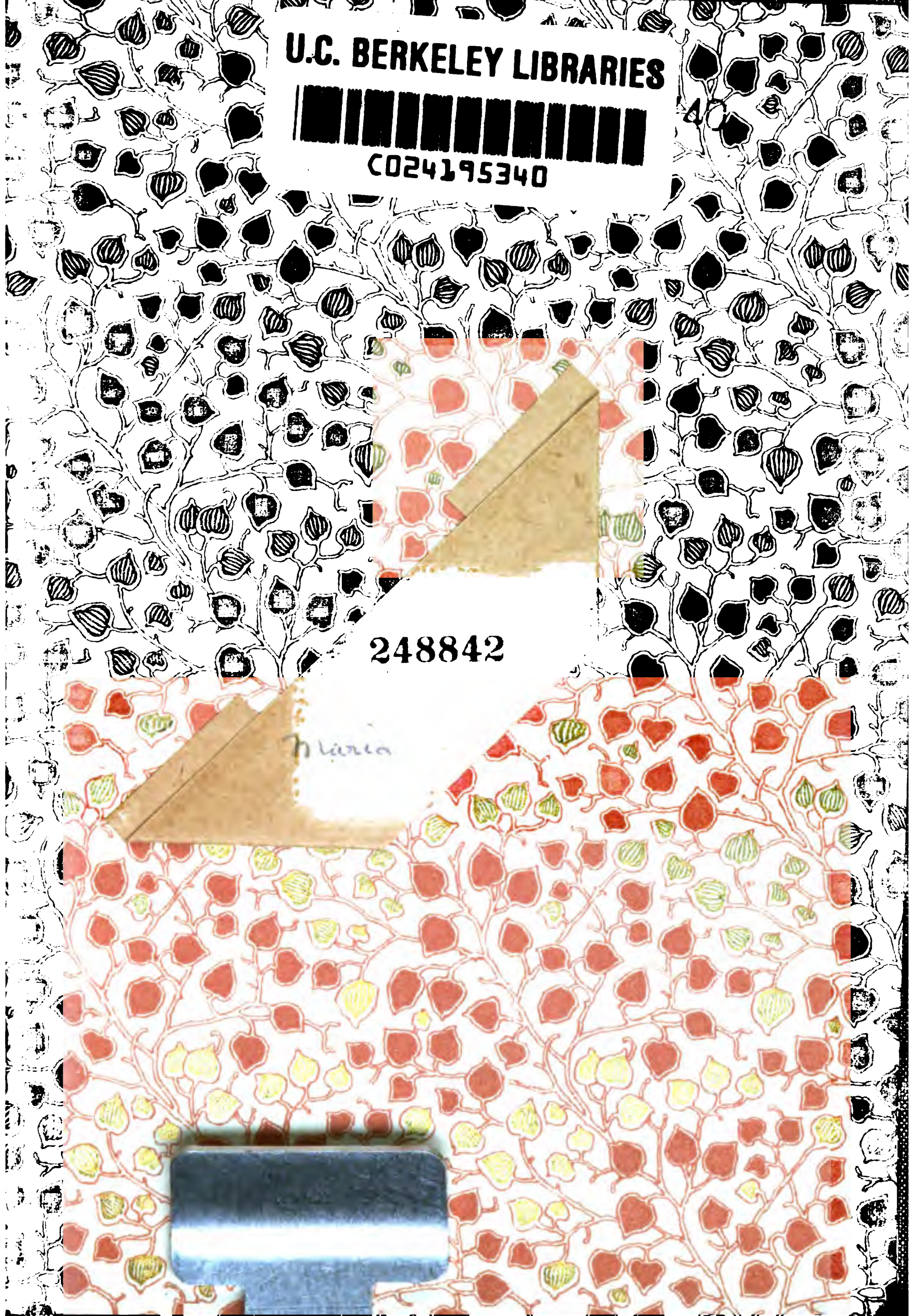
Don Francisco de Urbina á Miguel de Cervantes, insigne y cristiano ingenio de nuestros tiempos, á quien llevaron los Terceros de San Francisco á enterrar con la cara descubierta, como á Tercero que era.

EPITAFIO.

Caminante, el peregrino
Cervantes aquí se encierra:
Su cuerpo cubre la tierra,
No su nombre, que es divino.
En fin, hizo su camino;
Pero su fama no es muerta,
Ni sus obras, prenda cierta
De que pudo á la partida
Desde ésta á la eterna vida
Ir la cara descubierta. —

Ya no se sabe ni dónde estuvo enterrado; «pero su fama», decimos con Martín Hume, «no necesita monumento: Don Quijote sobrevivirá al mármol, y mientras viva Don Quijote, se querrá á Cervantes, no sólo por su genio transcendental, sino también porque era muy, muy humano.»

Para Don Quijote no se ha puesto el sol.


U.C. BERKELEY LIBRARIES
C024195340
248842
Maria